

HOMBRES ARMADOS

FOR
JACK BROOKLIN



JACK BROOKLYN

HOMBRES ARMADOS





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
- » 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
- » 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (3.ª ed.)
- » 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
- » 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
- » 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz
(2.ª edición.)
- » 7.—SU ALTEZA EL LADRON por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
- » 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
- » 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. 2.ª edición.)
- » 10.—LA REDADA, por O C Tavin (2.ª edición.)
- » 11.—SHANGHAI, por Alf Manz (2.ª edición.)
- » 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
- » 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair (2.ª edición.)
- » 14.—LA REBELIÓN DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.ª edición.)
- » 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy (2.ª edición.)
- » 16.—TANGER por Alf Manz. (2.ª edición.)
- » 17.—¡TRAIDOR!, por O C Tavin (2.ª edición.)
- » 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.ª edición.)
- » 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
- » 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO.
por Alf Manz. (2.ª edición.)

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 - 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
 - 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 - 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 - 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 - 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 - 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
 - 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 - 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 - 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 - 32.—NUEVA YORK - SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 - 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 - 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 - 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 - 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 - 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 - 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 - 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 - 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 - 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 - 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 - 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
 - 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 - 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 - 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 - 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 - 48.—
 - 49.—
 - 50.—ALASKA. FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 - 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 - 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.
 - 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 - 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 - 55.—EL GENIO DEL MAL, por Alar Benet.

En preparación:

PAVOROSA ELECCION

I



pintoresco y agradable como el Virginia Boat Club, de Richmond, sobre

Mayo's

Island, en el mismo centro del curso del James River. Aquella noche de un sábado del mes de Julio de 1948, el «Virginia Boat Club» mostraba a su público favorito las excelencias de su magnífica organización. Su fachada, de estilo colonial, presentaba una iluminación fastuosa. Mesas lujosamente engalanadas se extendían hasta la parte frontal del puente de

Mayo's,

ocupadas por lo más rancio de la capital de Virginia.

Políticos, diplomáticos, banqueros e industriales de firma

reconocida constituían parte de las personalidades asistentes. En la «barra» del bar, en las mesitas interiores, en la pista de baile, una abigarrada muchedumbre buscaba aliciente para sus diversiones. Las notas vibrantes de la orquesta de «jazz» arrastraban a las jóvenes parejas a una danza de locura, entre las risas cristalinas de las damas, las corteses palabras de los hombres, el ir y venir de las uniformadas camareras y la voz potente y melosa del cantor que amenizaba la fiesta.

Hermosas mujeres de inmaculada belleza mostraban en sus lindos trajecitos de noche el último grito de la moda, contrastando su bello colorido y delicados trazos con el negro «*smoking*» de almidonada pechera de su pareja.

Se hablaba de negocios y de política. Otros sacaban a relucir temas que sólo a la capital concernían, relativos, casi todos ellos, a la evolución que se operaba en la organización municipal.

En una de las mesas situadas en la parte central del Virginia Boat Club, junto a la pista de baile, dos hombres conversaban animadamente. Uno de ellos, el más joven de los dos, examinaba un ejemplar del «New Richmond Herald» de la edición de la tarde. Contestaba indiferentemente a las manifestaciones de su acompañante.

Debían oscilar entre los veinticinco y treinta años el primero y cuarenta y cuarenta y cinco el segundo. Vestían impecablemente de «*smoking*».

Considero que estamos perdiendo el tiempo lamentablemente, Nolan —siguió diciendo—. Esta vez han vuelto a burlarse de nosotros.

—Debemos tener paciencia —respondió el llamado Nolan, levantando la vista del periódico, para pasearla por la amplia sala—. La hora no ha sonado. Nuestros informadores no suelen equivocarse nunca.

—Recuerda bien la vez en que...

—Siempre mencionas lo mismo, cuando los acontecimientos no se precipitan a medida de tus deseos. Tommy Garden y los muchachos vendrán esta noche. ¿Para qué iba a hacernos venir aquí? No nos da su dinero para que lo tiremos en divertirnos. Sabes perfectamente cuál es su finalidad y Garden conseguirá lo que quiere. Hay mucho dinero en todo esto, ¿entiendes?

—Demasiado, para que sea real. No soy pesimista ni quiero quitar a nadie la buena voluntad que tenga, pero he de decirte que no estoy muy tranquilo.

Nolan guardó silencio. Miraba insistentemente a las parejas y admiraba sus rápidos movimientos, juntos con aquellas gráciles figuras femeninas, siempre sonrientes, con una indeleble felicidad impresa en el semblante.

Barton, su compañero, aseguraba que no estaba tranquilo; él, por su parte, tampoco se hallaba muy seguro de sí mismo. La aventura en la que estaban metidos era bastante peligrosa. El Virginia Boat Club gozaba de una reputación merecida y se vanagloriaba de recibir en su seno a los magnates de Richmond. Un escándalo tendría repercusión en toda la ciudad y, más aún, si un acto de violencia llegaba a producirse. Ellos conocían mejor que nadie a Tommy Garden. Sabían cuáles eran sus medios cuando las cosas no salían a medida de sus deseos, y era necesario echar mano a algo más contundente que meras palabras amenazadoras.

Nolan indicó con un gesto a su amigo para que mirara hacia el frente. El otro obedeció, pero al momento dejó vagar por sus labios una sonrisa maligna. Alguien atravesó el amplio salón desde la puerta de la calle hasta el sitio en qué se hallaban y saludó con la mejor de sus sonrisas.

Era una mujer.

Sus cabellos de oro brillaban con la luz de tantas lámparas caprichosamente dispuestas por el amplio salón. Su cuerpo, bien formado, marcaba un movimiento cadencioso al andar, que despertaba la admiración de todos. Vestía un traje de noche azul intenso que realzaba mucho más su hermosura. Sus bellos ojos azules miraban con indiferencia a cuántos osaban cruzarse a su paso, cual si en aquellas miradas quisiera exponer su superioridad sobre todas las jóvenes doncellas que honraban la velada con su presencia.

Cruzó el salón Bordeando la pista de baile y ocupó el asiento que Nolan, galantemente, le ofrecía. Después acercó otra butaca y se sentó a su lado.

Entre ellos no se cruzó ninguna expresión de saludo. Barton se inclinó aún más sobre la mesita y murmuró con voz suave:

—¿Lo has conseguido?

—Esa duda tuya me ofende —respondió ella, mirándolo con aire de superioridad.

—Nadie puede decir que es infalible, amiga mía. Sabemos que tu inteligencia raya en lo sobrenatural, pero...

—Tommy Garden sabe a quién paga con su dinero. Ese hombre vendrá esta noche aquí.

—¿Trae los documentos?

—No. Cuando se viene en plan de divertirse no es muy apropiado cargar con una carpeta repleta de papeles que contienen informes valiosos. Garden tendrá esos documentos si sabe obrar con conocimiento. Esta parte de Richmond se halla muy vigilada por la Policía. Casi todos los magnates de la ciudad se dan cita en el Virginia Boat Club semanalmente, y el Departamento Federal de Policía procura que a ninguno de ellos le ocurra una desgracia. Míster Bradley vendrá y no se hará esperar mucho tiempo.

Barton no replicó. Nolan lo envolvió con una mirada interrogante y ambos permanecieron silenciosos.

Pasó media hora.

El Virginia Boat Club seguía en su apogeo. Los coches continuaban penetrando por ambos extremos del

Mayo's

Bridge, dejando a la puerta de éste a nuevos visitantes. En una iglesia cercana dieron las once en punto de la noche.

Un «Cadillac» de último modelo avanzó por entre los coches aparcados a ambas aceras y se detuvo a cien metros de la puerta de entrada del Club. De él se apearon cinco hombres, que caminaron silenciosamente. Vestían elegantemente y se tocaban con sombrero de fieltro, llevando inclinada sobre los ojos el ala, de manera que ésta impedía, por sí sola, que pudieran ser reconocidos. El coche retrocedió algunos metros, dio la vuelta, con bastante trabajo para el conductor, y quedó de frente hacia la salida más cercana del puente.

El chofer no lo abandonó. Levantó el asiento trasero y de él extrajo un objeto voluminoso, envuelto en una lona blanca. Dejó caer las cortinillas y lo desenvolvió meticulosamente, dejando al descubierto una ametralladora «Thompson», a la que aplicó el tambor, tras haberlo examinado con detenimiento. Luego encendió un cigarrillo y permaneció a la expectativa. Vió a sus compañeros

perderse entre los automóviles. El ronquido de varios motores le obligó a volver la cabeza, y junto a él, cruzaron algunos policías motorizados. Un gesto de desdén y repugnancia se reflejó en su rostro cetrino. No dejó de observarlos hasta que se perdieron en dirección a la calle Catorce.

Bajó los cristales de las ventanillas y en su lugar subió otros parecidos, pero con la diferencia de que en el centro de los mismos podía advertirse un círculo de cinco centímetros de diámetro, por el que podía moverse con holgura el cañón de la ametralladora. Fue una transformación repentina. De automóvil de lujo y turismo acababa de convertirse en un coche blindado. La parte interior estaba reforzada con varias láminas de acero, lo suficientemente gruesas para evitar que una bala disparada desde quinientos metros de distancia pudiera atravesarlo totalmente. Aun siendo más cerca quedaba la esperanza de que ésta resbalara, salvando la vida del hombre que estuviera oculto tras el blindaje.

Los minutos fueron transcurriendo con bastante lentitud para aquel hombre. Seguían cruzando coches y más coches el

Mayo's

Bridge y el interior del Virginia Boat Club alcanzaba su punto culminante. La orquesta de «jazz» proseguía tocando sin muestras de cansancio. Las parejas se lanzaban al torbellino de la danza, atraídas como por un imán potente. La alegría, el alborozo de la fiesta, resplandecían en todos los rostros.

Nadie debió darse cuenta de la presencia de aquellos cinco hombres vestidos con marcada elegancia. Ninguna de las damas que le concedieron un baile hallaron en ellos nada que les impidiera satisfacer sus deseos. En pocos minutos, cada cual andaba por una parte del salón hablando alegremente, mostrando con las bellezas femeninas sus dotes irresistibles de galanes.

Sólo uno se alejó del bullicio. Cruzó la sala de una punta a otra y penetró en un estrecho pasillo, donde permaneció inmóvil, consultando de cuando en cuando un reloj de oro. Sus ojos escrutaban insistentemente la puerta de entrada del Club. Muchas veces arrugó el entrecejo y comenzó a sentir impaciencia. La hora parecía haber llegado. El momento culminante de una empresa difícil debía estar a punto de producirse.

Unos pasos suaves le hicieron moverse lentamente. Vió a un

hombre avanzar hacia él y al momento lo reconoció.

—Es casi la medianoche —dijo—. ¿Qué hay de nuestro asunto?

—Te he visto entrar con los muchachos, Garden. Pero quería que nadie sospechara de nosotros. ¿Saben ellos la consigna?

—Todo está preparado. Cada uno lleva su lección bien aprendida. ¿Llegó ese individuo?

—Hace media hora.

—¿Qué hace?

—Bertha está con él. Esa muchacha es el diablo. Debía haberlo conocido antes de ahora.

—¿Habló de mí?

—Ella no dijo más que obedecía a quien le pagaba espléndidamente. En este caso, tú eres quien la surtes de dinero.

—No tengo mucha confianza en esa mujer.

—Es tu prometida, ¿no es cierto?

—Eso no quiere decir nada. Bertha se mostró siempre reacia cuando le hablé de este asunto. Me extraña que no haya objetado lo más mínimo.

—Sólo dijo que lo hacía porque tú le prometiste que no pasaría nada a ese hombre.

—Es cierto. Pero tú sabes que nunca acostumbro a mantener mi promesa con las mujeres. Necesito esos planos y documentos. Los tendré por encima de todo. Di a Nolan que cubra la retirada. Tú habla con Smore e indícale que transmita esta orden a los demás: comenzaremos cuando toquen las doce y se haya perdido el sonido de la última campanada.

—¿Insistes en lo demás?

—Es una buena ocasión, ¿no crees?

—Muy peligrosa. La Policía río está lejos de aquí.

—No es la primera vez que la hemos tenido pisándonos los talones. Saldremos en bien de esta aventura y, lo que es más, conseguiremos arrastrar con nosotros a ese míster Bradley. Nos dan cien mil dólares por esos papeles, que para nosotros no tienen más valor que lo que coticen quienes los desean. Pero no quiero irme sin haber hecho lo que muchos nunca fueron capaces ni de soñar. El Virginia Boat Club es una mina de oro. Muchas veces te oí hablar en esos términos, cuando comentabas el robo de una joyería o el atraco a mano armada del pagador de una empresa industrial. Es una cosa

que has deseado con toda tu alma, Barton. ¿Por qué desaprovechar la oportunidad que la suerte nos brinda esta noche? Te gusta el dinero como a mí o a cualquiera de nuestros muchachos, y siendo así... ¿quién nos impide dejar sin un centavo este «paraíso terrenal»?

—Déjalo para otra ocasión, Garden.

—No se presentará nunca. Avisa a los muchachos y diles que la «fiesta» va a empezar, verdaderamente, dentro de cinco minutos. Recuérdales que no son mancos los agentes federales y que deben tirar a matar, si en algo estiman su pellejo y desean preservarlo de los efectos de la silla eléctrica. De Bertha no debéis ocuparos ninguno. Todas las mujeres son astutas y saben cómo salir de un mal paso. Ella saldrá en bien; no lo pongas en duda.

Barton se alejó refunfuñando, para desaparecer segundos más tarde entre la oleada humana que albergaba uno de los clubs más elegantes de la capital de Virginia. No le gustaba mucho la decisión adoptada por Garden aquella noche. Habían ido al Virginia Boat Club con una misión determinada, con un plan bien aprendido, del resultado del cual dependía el cobro de un centenar de miles de dólares. ¿Por qué insistía en complicar con una nueva cuestión un asunto harto ya peligroso? Hubiera cambiado los pensamientos de aquel hombre de cualquier manera, pero sabía que para convencer a Tommy Garden no servían los cálculos, las definiciones y, mucho menos, cualquier medida que entrañara el miedo que pudieran sentir sus hombres. Él no lo conocía. Todo el que se agrupara bajo su mando tenía que ser de su misma madera.

Garden comenzó su «carrera» en los bajos fondos neoyorquinos. Su padre fue electrocutado en la silla eléctrica por un delito de asesinato. No la sirvieron coartadas ni pruebas falsas. Mató a un agente de la ley, y todo el que cometía un crimen en la persona de un federal, sabía cuál era su sentencia. Tommy quedó abandonado y en la miseria. En él arraigó bien pronto la idea del robo y a ella se entregó, sin que una mano amiga pudiera apartarlo a tiempo del camino emprendido. Sus fechorías se limitaron a pequeñas sustracciones en ciertos establecimientos públicos, por cuyos delitos fue internado en un reformatorio. Su comportamiento fue bueno y ganó la libertad bien pronto, tras haber prometido enmendarse. Pero él odiaba a la Policía. No se le olvidaba fácilmente el día que

vió en el depósito el cuerpo de su padre carbonizado, desfigurado horriblemente. Tenía una cuenta con ella y había que saldarla, aunque en su fuero interno comprendiera que más tarde o más temprano pagaría con creces sus desmanes.

Fue creciendo, y a medida que se iba haciendo un hombre, Garden aumentó la importancia de sus delitos. Los robos se hicieron en una escala superior. Ya no interesaba un establecimiento de modas ni una tienda de bisutería. Las joyas llamaron más la atención de aquel hombre, el dinero acumulado en la caja fuerte de un Banco y otras entidades respaldadas por el mismo Gobierno de la nación.

Su «trabajo» podía calificarse de perfecto. La Policía no encontró pruebas suficientes para ordenar su encarcelamiento, aunque sí fue detenido en varias ocasiones, sin que se le pudiera probar nada en concreto.

Unos años más tarde desapareció Jimmy Garden misteriosamente. Los agentes federales perdieron la pista de este sujeto, sin poder precisar hacia qué parte del país se había dirigido. Puede decirse que Garden trajo en jaque a la Policía de Chicago, Búffalo, Philadelphia, Boston y New Orleáns. Llevaba en Richmond sólo un par de semanas.

Barton conocía la historia de su jefe por habérsela oído relatar en una ocasión. Bertha Clayton estaba delante. Conoció a la muchacha en New Orleáns, se enamoró perdidamente de ella e insistió en que le siguiera a la capital de Virginia bajo promesa de contraer matrimonio. Muy pronto se dio cuenta Garden de que la muchacha reunía condiciones especiales para poder utilizarla en sus manejos. Su belleza, la delicadeza de su conversación, fueron factores importantes en aquel arriesgado trabajo que iba a desarrollar dentro de unos minutos. Bertha no era mala. Quizá su deseo de grandeza la había empujado a convertirse en amiga o amante de un forajido. Estaba sola en el mundo y necesitaba de amigos que velaran por ella y la sacaran de la progresiva miseria en que vivía, sirviendo en una modesta casa de flores de la avenida del General Lee. Las proposiciones de Garden la entusiasmaron y Bertha aceptó en todos los términos aquellas promesas, que tal vez no llegarían a cumplirse nunca.

Barton cruzó de nuevo la sala fastuosa del «club nocturno» y

descubrió a Smore en un grupo numeroso de hombres y mujeres. Charlaba alegremente y hacía referencia a ciertas cuestiones relacionadas con la alta sociedad virginiana. Una indicación bastó para que se apartara de aquel lugar. Las órdenes del jefe le fueron transmitidas. Había pasado el momento de regocijo y diversión, para emprender con serenidad la misión que los había llevado al Virginia Boat Club, de Richmond.

Nolan ocupó un lugar preeminente junto a la puerta de salida y su mano derecha acariciaba suavemente la culata de la «German Luger», oculta en un bolsillo interior del «*smoking*». Su rostro había perdido de repente la sonrisa y la jovialidad. Estaban ante el dilema y la pesadumbre de si saldría todo como estaba planeado o tendrían que verse la cara con los agentes de la Policía, que mantenía estrecha vigilancia por el sector que ocupaba la

Mayo's
Island.

Miró a Bertha. La joven seguía charlando animadamente con un hombre que representaba unos cincuenta años de edad. El levantaba en aquel momento su copa de champaña y parecía brindar a la salud y la belleza de la muchacha, mirándola con cierto arrobamiento. La sonrisa de ella quedó nublada en su rostro. El reloj de la cercana iglesia de San Patricio comenzó a tocar las doce campanadas de la medianoche. Nadie se dio cuenta de lo que para algunos hombres significaba aquel toque. Alguien cruzó el salón bordeando la pista de baile y saltó limpiamente sobre el pequeño escenario donde permanecía la orquesta de «*jazz*». La música cesó de repente. Las parejas que danzaban bajo su ritmo melodioso se volvieron asombradas. Una voz gritó, con un acento que no admitía réplica ni demora:

—¡Que nadie se mueva!

En la mano derecha de aquel sujeto aparecía una pistola automática. Su rostro estaba cubierto por un pañuelo negro y sólo sus ojos azules y brillantes podían perfilarse bajo el caído sombrero de fieltro. Algunas mujeres se desmayaron. Parte de los asistentes trataron de salir por la puerta que daba al

Mayo's

Bridge, pero su retirada se vio cortada por dos individuos enmascarados igualmente, que cerraban el paso con un implacable

gesto de amenaza.

—¡Todo el mundo hacia la derecha de la pista de baile! —Volvió a sonar la voz de Jimmy Garden, avanzando algunos pasos—. No ocurrirá nada si saben contener los nervios y esperar.

Smore y Barton se colocaron a su lado.

—Id a la caja y sacad el dinero que haya. Yo me encargaré de míster Bradley. He comprobado la fortuna existente en joyas que ostentan esas damas. Apoderaos de todo cuanto de valor haya. Tirad a matar si alguien trata de cortaros el camino, y tened bien presente que cualquiera que caiga en manos de la Policía es hombre muerto.

Atravesó la sala rápidamente. Se abrió paso entre muchos de los asistentes y se detuvo a pocos pasos de la mesita ocupada por Bertha y míster Bradley.

La joven mostró su extrañeza. Su rostro palideció y comenzó la representación de una comedia magníficamente desarrollada.

—¡Sígame! —ordenó el bandido.

—¿Seguirle? —replicó Bradley, sin comprender lo que intentaban hacer con él—. ¿Dónde quiere llevarme?

—Obedezca.

—¡Míster Bradley no irá a ningún sitio! —exclamó la joven, abandonando su asiento—. Es un diplomático inglés y su Gobierno pedirá cuentas al de Estados Unidos por ésta felonía.

—¡Usted debe callarse, señorita! Nosotros no reparamos en cerrar la boca a una mujer o un hombre. Limítese a escuchar y no mezclarse en este asunto. Vamos, amigo. Acompáñeme por las buenas, si no quiere hacerlo por las malas.

Levantó al inglés de un tirón. Luego lo empujó hacia la puerta, en la que acababa de detenerse un automóvil negro. Era el «Cadillac» de la banda.

Muchos de los que permanecían en las afueras del Virginia Boat Club ni siquiera se dieron cuenta de lo que ocurría en el interior del salón de fiestas. Todo fue llevado por Jimmy y sus hombres con rapidez y acierto, de tal manera, que ni la misma Policía habría tenido tiempo de evitar el secuestro que estaba llevando a cabo. La presencia de Garden llevando al inglés a empujones hacia el automóvil arrancó un coro de exclamaciones de estupor de todos los presentes. No obstante, ninguno de aquellos hombres elegantemente

vestidos tuvo arrestos de valor para ponerse delante del forajido. Permanecían dominados por la sorpresa, amparando con su cuerpo al de la mujer que les acompañaba. Sólo dos individuos jóvenes, de aspecto formidable, avanzaron algunos pasos. El primero de ellos sacó de la sobaquera un arma y apuntó hacia el lugar en que se encontraba el jefe de la banda. No llegó a disparar. Por uno de los círculos trazados en los cristales blindados del «Cadillac» brotó una ráfaga de ametralladora. Las detonaciones del arma fueron cortadas por un griterío ensordecedor. Los dos personajes quedaron clavados en el suelo con el cuerpo materialmente acribillado a balazos, mientras las damas gritaban y los hombres palidecían hasta la raíz de los cabellos. Uno de ellos no retrocedió. Avanzó algunos metros y se inclinó sobre una joven de singular belleza. Llevaba un traje de noche blanco, primorosamente confeccionado. Sus cabellos negros le caían sobre el rostro. Ni un hálito de vida se advertía en ella. Tenía el pecho atravesado por tres balazos y sobre el albo traje de noche se iban agrandando tres rosetones rojos.

De dentro del Club partieron otras detonaciones. El juego de lámparas que iluminaba el salón quedó destruido y la oscuridad se hizo en él. Barton, Smore y Nolan, al frente de los restantes bandidos, aparecieron en el puente. Retrocedían dando la espalda a la calle, sosteniendo fuertemente empuñada por la culata de nácar la «German Luger». En sus rostros, un poco alterados por la gravedad del momento, podía leerse una idea asesina. En aquel instante hubiesen disparado contra su misma sombra, si ésta hubiera intentado detenerlos.

Garden empujó al inglés hacia el interior del «Cadillac» y él penetró de un salto. Detrás de éste lo hicieron los tres hombres de su confianza, mientras el quinto daba la vuelta para colocarse junto al conductor.

Los sollozos del individuo que estaba junto a la dama asesinada no implicaba ningún remordimiento para la conciencia embotada de los criminales. Lo vieron erguirse como una sombra amenazadora y sacar con rapidez la pistola. Disparó por tres veces. El pistolero que trataba de sentarse junto al chofer rodó por el suelo acribillado. Jimmy Garden lanzó una maldición. Introdujo la mano derecha por el círculo sobre el cristal y apretó el gatillo de la automática. Al mismo tiempo disparó su enemigo. Jimmy lanzó un

grito de dolor. La bala le había herido en la muñeca, de manera que la «German Luger» resbaló de sus dedos y fue a caer junto a la rueda trasera del automóvil. El otro se tambaleó cual si estuviera ebrio. Trató de mantenerse erguido, apuntando con el arma a sus adversarios, pero acabó por rodar como un fardo junto al cuerpo de la mujer asesinada.

Todo esto sucedió en un lapso de tiempo más corto aún de lo que se tarda en referirlo. Garden trató de recuperar el arma, pero el penetrante silbido de las sirenas de la Policía obligaron al chofer a pisar el acelerador. Algunas mesas saltaron en el aire brutalmente desplazadas de su sitio y fueron a estrellarse contra la baranda de hierro del

Mayo's
Bridge.

El «Cadillac» partió como una centella, atravesando casi de parte a parte el puente y desembocando en Riverside Drive, por la que se lanzó a toda velocidad. Las sirenas de la Policía continuaban escuchándose cada vez más cerca.

Jimmy Garden miró a través del círculo abierto sobre el cristal trasero y pudo distinguir a lo lejos, bajo la potente iluminación de la avenida, un grupo de motoristas. Dos de ellos habían logrado separarse de los restantes y se hallaban a menos de trescientos metros del coche. Se volvió hacia sus hombres y gritó, tratando de dominar, con su voz potente, el fuerte ruido del motor:

—¡Acércame la «Thompson», Barton!

El aludido se apresuró a cumplimentar la orden. Febrilmente la tomó entre sus manos. Introdujo el cañón por el orificio, lo mantuvo en el aire unos segundos e hizo fuego. Vió caer a los policías al mismo tiempo, mientras una sonrisa despreciativa aparecía en su rostro.

Los restantes motoristas continuaron la persecución. Dos de ellos se volvieron y asistieron a los heridos, a los que transportaron hasta una casa cercana.



Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

A
EDITORIAL ROLLÁN
SAN BERNARDO, 68. - MADRID

II



IVERSIDE Drive quedó detrás de ellos al enfilarse el «Cadillac» el Boulevard Bridge. Jimmy Garden y sus hombres continuaban alerta. Los policías ganaban terreno por momentos y en breves minutos habrían logrado colocarse a la altura del automóvil.

Esto hizo comprender al jefe del «gang» que únicamente por medio de un acto de audacia podía neutralizar el terrible peligro. Se inclinó sobre el asiento ocupado por el conductor y habló breves palabras en su oído. En vez de proseguir la ruta en dirección a la avenida de Walpole dobló hacia la derecha, penetrando en la de New York. Martin, el conductor, conocía perfectamente aquel barrio de Richmond. No dudó un momento en avanzar hasta las cercanías del cementerio de Monte Clavary, para detenerse con un frenazo

ante la puerta de uno de los surtidores de gasolina de más importancia de la ciudad.

Garden y Barton abandonaron el coche precipitadamente. Lo avanzado de la hora era propicia. Sólo encontraron en el interior de su despacho al dueño del surtidor, al que hicieron penetrar en un cuarto de herramientas, cerrando la puerta por fuera.

Segundos más tarde llegaba hasta ellos el tableteo inconfundible de la ametralladora «Thompson». La Policía se había detenido. Dando muestras de un gran valor, rayano en la temeridad, los agentes federales hacían frente a los «gangsters», pegados a ambas aceras de la avenida.

Diez minutos duró aquella batalla, en la que sólo se consiguió quemar pólvora inútilmente. Ocultos tras el coche, los bandidos se defendían valerosamente, obligando a la Policía a mantenerse a cien metros de distancia. Uno de ellos quedó atravesado en la calzada, Los demás continuaron su avance progresivo, tratando inútilmente de obligar a sus adversarios a emprender la fuga y conseguir con ello que quedaran a pecho descubierto.

Vieron salir por la puerta del garaje un camión pesado. En el interior de la caja podía advertirse dos enormes bidones, tras los cuales podía quedar un hombre perfectamente oculto.

El tiroteo por parte de los hombres de Garden cesó de repente. El «Cadillac», visiblemente tocado por los impactos de la Policía, arrancó con un ruido sordo y se lanzó a toda marcha por la avenida de Greenville, Colorado, Allen, hasta Broad Street. Detrás de él marchaba el camión.

Garden iba en el «baquet» y Barton se ocultaba detrás de los bidones, disparando contra los motoristas que seguían la pista. Algunos coches de la Policía se habían unido a los agentes motorizados y trataban de acortar terreno, lanzando los vehículos a una espantosa velocidad.

Garden recorrió la persiana de la ventanilla trasera del camión que comunicaba con la caja y gritó:

—¡Puedes empezar, Barton!

El «gangster» obedeció. Dio varias vueltas al tapón de rosca de uno de los bidones y, haciendo un gran esfuerzo, logró volcarlo sobre la potente madera de la caja. Acabó de quitarlo y soltó las compuertas.

Un chorro de aceite pesado cayó sobre el asfalto de Broad Street, que inmediatamente se fue extendiendo por una gran parte de ella. Hizo la misma operación con el bidón siguiente y, a poco, la calle quedó casi cubierta. Entonces ocurrió algo asombroso. Los primeros motoristas que llegaron al lugar donde el aceite había logrado extenderse, se vieron y se desearon para contener sus máquinas. Los neumáticos resbalaron. Dos de ellos saltaron hacia la acera derecha y chocaron contra un edificio, incendiándose seguidamente el motor. Un coche pasó de largo. Avanzó cosa de doscientos pasos y fue a chocar contra una farola. Ésta se partió en dos como una débil caña, mientras el automóvil daba varias vueltas de campana.

Garden sonreía criminalmente. Aquel procedimiento nunca lo puso en práctica, pero conocía los resultados del mismo. El aceite pesado había influido en la fuga de muchos bandidos famosos, que después dieron que hacer a la Policía.

Paró el camión a la altura de la avenida de Laburnum. El «Cadillac» aguardaba una manzana más abajo. Barton lo siguió.

—Por esta vez hemos escapado —murmuró el bandido alegremente.

—Todavía no —respondió Garden—. Los coches que no han caído en la trampa nos seguirían bien pronto. Dentro de diez minutos estarán aquí. ¿Qué noticias hay del bimotor?

—Todo quedó bien dispuesto. Lancaster aguarda nuestra llegada.

—¿Hay seguridad?

—Absoluta. Dos de los muchachos están con él y el vigilante del aeropuerto ha sido sobornado. Diez mil dólares tienen la culpa de ese soborno.

Garden no respondió. Sus hombres cumplían a las mil maravillas sus mandatos. Poco valían diez mil dólares en comparación con lo que ellos iban a cobrar cuando entregaran a Bradley a quienes deseaban poseerlo. Ninguno de ellos estaban en el secreto que encerraba la personalidad de mister Bradley y de aquellos documentos que aseguraban un valor incalculable.

Llegaron en pocos segundos al coche. El motor del automóvil se puso en movimiento y avanzó durante media hora por la grandiosa avenida de Laburnum para detenerse junto a la puerta de hierro del Hermitage Airport.

Unos toques del «claxon» fueron suficientes. Las potentes bisagras de la puerta chirriaron y el paso quedó expedito. Un hombre se acercó a ellos.

—¿Amigos de Lancaster? —preguntó.

—Exacto —replicó Garden.

—Cuarta pista de aterrizaje a la derecha.

—¡Gracias! —respondió el bandido.

Hicieron ademán de proseguir, pero el vigilante los detuvo con un gesto.

—No podrán dejar aquí el automóvil. Podrían sospechar de mi participación. La Policía no me gustó nunca y existen medios adecuados para soltar la lengua del más recalcitrante silencioso.

—Tenemos el tiempo tasado —fue la respuesta de Jimmy—. Los agentes federales estarán en el aeropuerto antes de media hora, si consiguen descubrir nuestras huellas. Hemos salvado lo más difícil y no vamos a reparar en medios para salvarnos.

—Está bien. Trataré de engañarlos de cualquier manera, pero... ¿y los diez mil dólares?

—Lancaster tiene que pagarte.

—¡Oiga, amigo! —exclamó el vigilante, de mal humor—. ¿Creen que soy un niño para dejarme engañar tan vulgarmente? Si no hay pasta, no habrá viaje. Bastará con que toque este silbato para que algunos compañeros acudan.

Garden había arrebatado de manos de Barton la pistola. Su dedo índice apretaba suavemente el gatillo y la calma parecía que iba perdiéndose en su ánimo. No podía perder más tiempo. Si Lancaster se había guardado los diez mil dólares prometidos al vigilante por su participación en la fuga, él no tenía la culpa. Debió haber cobrado antes de iniciar su trabajo.

—Será mejor que nos dejes marchar. Puedes venir con nosotros si quieres tu dinero.

—Lo haré.

Abrió la portezuela de un tirón. Debajo del brazo derecho apoyaba la culata del fusil ametrallador y en su rostro se advertía un signo de amenaza. Cualquier movimiento sospechoso hubiera bastado para que por la negra boca del arma partiera una lluvia de plomo.

—Echaos sobre aquella parte. Tenéis sitio suficiente y podré

manteneros a raya en caso de peligro. No me fío de ninguno de vosotros y sé que os da lo mismo un asesinato más que menos. Obedecieron. Con la portezuela abierta, el automóvil avanzó raudo. El conductor comenzó a dar frenazos y pisar el acelerador, esperando quizá que el vigilante fuera despedido, pero aquel sujeto parecía haberse adherido materialmente al «Cadillac», de manera que todos los esfuerzos resultaron estériles. El mismo fue indicando la dirección de la pista donde el bimotor se encontraba. A veinte metros del aparato hicieron alto.

Tres hombres avanzaron a su encuentro. El que caminaba en el centro se detuvo repentinamente y su mano derecha oprimió la culata de un arma. El vigilante no se dio cuenta de aquella maniobra y siguió amenazando con su fusil al grupo de asesinos.

Lancaster ocultó la mano armada a la espalda y siguió caminando.

—¡Hola, Garden! —saludó, jovialmente—. ¿Qué quiere este individuo?

—Reclama lo que le ofreciste. ¿Por qué no le has pagado?

—No me dijo cómo quería cobrarlo.

—Todos los negocios que hago los suelo recibir en billetes del Banco Nacional del país —repuso el vigilante—. No saldréis del aeropuerto si no recibo la cantidad estipulada.

—Nunca pensé dejarte sin tu dinero. Es justo que quien trabaja reciba el importe del jornal que ha devengado. Hubiera preferido pagarte en billetes de Banco o en moneda de plata. Pero he pensado que también puedo hacerlo con dos onzas de plomo.

Se volvió hacia el vigilante de repente. Había permanecido casi al lado suyo y éste no se dio cuenta de lo que estaba concertando. La pistola se movió con rapidez asombrosa y vomitó dos llamaradas. Un grito de dolor repercutió en el aeropuerto. Soltó el fusil que hasta aquel momento había mantenido fuertemente sujeto entre sus manos y rodó de bruces, hundiendo el rostro en el frío asfalto de la pista.

Allá a lo lejos se oyeron carreras y voces destempladas. Tres focos eléctricos aplicaron su luz al lugar de donde habían partido las detonaciones y tres coches de la Policía atravesaron la puerta de entrada al Hermitage Airport, avanzando a toda velocidad.

—¡Todos arriba! —gritó Lancaster, sin soltar la pistola humeante

—. Los motores están calientes y no será difícil el despegue.

Mister Bradley fue obligado a subir por la escalerilla de hierro. Detrás de él subieron los restantes, y el propio Lancaster ocupó la cabina del piloto. Noel hizo de copiloto, al paso que Barton y Garden, ayudados por Smore, arrojaban al suelo la escalera.

Los motores trepidaron. Las hélices giraron vertiginosamente y el bimotor avanzó suavemente.

Desde la pista se cruzaron algunas detonaciones. Las balas taladraron el fuselaje del avión, pero no tuvieron la fortuna de tocar a ninguno de los que lo tripulaban. Los coches de la Policía se lanzaban a toda marcha. Dos de ellos corrían a ambos lados del aparato y sus ocupantes disparaban continuamente las armas. Ninguno de los proyectiles tocaron a los motores o al depósito de esencia.

Poco después remontaba el vuelo. Dio una vuelta completa al Hermitage Airport y saludó a la Policía con una ráfaga de ametralladora, cuyas balas fueron a chocar a muchos metros del lugar donde estaban los agentes federales.

Garden y sus hombres lograban escapar. La ausencia de pilotos en el aeropuerto permitía la fuga de la banda, cuando hubiera sido posible seguirlos a distancia hasta el lugar de aterrizaje.

Una sonrisa de triunfo brillaba en el rostro jefe del «gang». Desde la escapada del Virginia Boat Club había tenido el presagio de que todo aquello no saldría cómo estaba medido. Hubo momentos en que creyó que la Policía les cortaría la retirada y acabarían con ellos sin contemplaciones.

Muchas veces consultó con Lancaster, Rolan y Martin la dirección que llevaban. Volaban en aquel instante a unas veinticinco millas de Richmond hacia el Norte.

—Evitad los aeropuertos —indicó a sus secuaces—. El telégrafo es más rápido que esta lata de sardinas.

—Todo está previsto en nuestros cálculos —repuso Lancaster—. Pasaremos a la derecha de Baltimore y aterrizaremos en las cercanías de un pueblecito situado en la costa, cerca de Atlantic City. Su nombre es Pleasantville. Pasé una buena temporada en sus playas y conozco un campo que puede sernos de mucha utilidad.

—No quiero ir a ningún pueblo, ¿entiendes?

—Eso es imposible. Necesitamos un coche que nos lleve hasta

Nueva York.

—Buscaremos otros medios para conseguirlo.

—¿Tienes alguno?

—La carretera general de Atlantic City a Philadelphia pasa al norte de Pleasantville. No es raro cruzarse en un trecho de un par de millas con algunos automóviles. Haremos detener a uno de ellos y lo utilizaremos.

—No sé qué haría si no te tuviera a ti, Lancaster. Eres un muchacho experto y muchas veces tus trucos nos han sacado de un verdadero aprieto. Sigue adelante y no te confíes demasiado.

Garden retrocedió hasta el lugar donde se hallaban sus restantes camaradas. Smore y Barton estaban sentados en el suelo del avión, y los dos hombres que habían acompañado a Lancaster en su misión permanecían a pocos pasos de distancia, respaldados en uno de los costados del aparato. Se sentó junto a ellos. Míster Bradley no se había movido del lugar que le indicaron. Todavía podía advertirse en su rostro el temor que le dominaba y los efectos de la pequeña oposición que opuso a sus aprehensores.

—Hemos tenido suerte —comentó Barton, más tranquilo—. Me siento muy optimista.

—Mejor será que lo digas cuando estés en Nueva York —insinuó Smore, taciturno.

Reparó en que Jimmy levantaba el pañuelo que llevaba enrollado en la muñeca, teñido de sangre, y dijo:

—¿Es grave la herida?

—No. La bala no partió ningún hueso ni cortó vena importante. Estará bien dentro de quince o veinte días. Sólo hay algo que me preocupa bastante.

—¿Qué puede ser?

—Bertha.

—Ella conseguirá salvarse de toda responsabilidad. Es claro que la interroguen y que la molesten, pero nada tiene la Policía contra ella. Conocía a Bradley y era una amistad pasajera. La culpa fue de él, por fiarse del amor de una muchacha tan hermosa, cuando en verdad él no era un Robert Taylor, precisamente. Eso son consecuencias de enamorarse a los cincuenta y tantos años, cuando más debía pensarse en preparar una vejez tranquila, sin complicaciones, aparte de palabritas tiernas y amorosas, que sólo a

la juventud corresponde.

—Bertha no está acostumbrada a que la Policía la interroge —respondió Garden, sin hacer caso de las manifestaciones de Smore respecto a míster Bradley—. Pudiera decir alguna cosa comprometedora. La más mínima insinuación es suficiente para abrir una pista a los sabuesos de la ley.

—Yo encuentro el peligro en otra parte —respondió Barton—. Hemos dejado un muerto de los nuestros en manos de la Policía. Si Carl tenía documentación en su poder...

—Di la orden de que nadie llevara papeles encima.

—Todos la cumplimos, pero tú ya conocías a Cari. No hacía mucho caso de esas recomendaciones. Siempre aseguró que la bala que habría de matarlo no estaba fabricada. ¿Qué hora tenemos?

Jimmy miró su reloj de bolsillo.

—Las dos y cinco minutos.

—Lancaster aseguró que estaríamos en Pleasantville hacia el amanecer. A estas horas, la Policía de diferentes Estados conocerán el asunto y extremarán la vigilancia. Hasta puede que nos esperen en esa comarca.

—Volamos a cinco o seis mil metros de altura. El ruido del motor no debe oírse mucho desde abajo.

—Sería conveniente subir más.

—Ten presente la presión atmosférica. Ella nos impedirá llevarlo a cabo.

Garden se acercó a la cabina. Los tres hombres encargados de dirigir el aparato seguían imperturbables en sus puestos. Una pequeña niebla envolvía el avión en aquel momento y Garden preguntó sobre la visibilidad.

—No nos impedirá continuar la ruta. Nos acercamos a la costa y es natural esta bruma. Dentro de dos horas y media nos hallaremos en el lugar indicado.

—Procura mantener este cacharro entre los seis mil y siete mil metros. Es la única manera, de que el sonido de los motores no se perciba desde abajo.

—Sería una imprudencia. El bimotor no cuenta con aparatos precisos para mantener en su interior una presión parecida a la de la tierra. Algunos de nosotros no lo resistiríamos. Desecha esos temores. Espero que nadie nos descubra.

Por espacio de mucho tiempo, el avión siguió volando en línea recta.

Hacia el amanecer inclinó la proa de la aeronave y descendió casi con los motores paralizados. Lancaster se encargó de esta difícil maniobra ayudado por Nolan, mientras Martin observaba atentamente. Garden estaba detrás de ellos. Los dos «gangsters» compañeros de Lancaster no perdían de vista a míster Bradley, en evitación de que éste pudiera intentar el suicidio lanzándose desde el aparato.

—Vamos a aterrizar dentro de breves minutos —anunció Lancaster—. Estad preparados.

Fue como una orden tajante. Todos retrocedieron hasta colocarse cerca de la portezuela. El avión siguió descendiendo.

De pronto, algo debió alterar el propósito de Lancaster, puesto que éste movió enérgicamente la palanca de mando y el aparato ganó altura rápidamente. Garden se precipitó en la cabina.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con voz ronca.

—Fíjate allá abajo.

Miró ansiosamente.

Algunos reflectores dirigían su luz potente hacia el avión, tratando de descubrirlo entre algunas nubes cercanas.

—Tienes noticias de nosotros. Han debido comunicar telegráficamente nuestra situación y no nos dejarán aterrizar. Tenemos bencina suficiente para volar durante tres o cuatro horas, pero... ¿dónde podemos dirigirnos? Nos han controlado y será muy difícil conseguir ocultarnos, si no nos echan abajo de un buen disparo de cañón. No podemos permanecer eternamente en el aire. Creo que esta situación es mucho más comprometida que la de Richmond.

Garden no respondió. Había palidecido, aunque permanecía bastante sereno. No se atrevía a volverse y comunicar aquella desagradable noticia a sus secuaces.

—Existe un medio —indicó Lancaster, tras unos segundos de silencio.

—¿Cuál? —preguntó ansiosamente el jefe del «gang».

—Utilizar los paracaídas.

—¿Paracaídas? ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Dónde están?

—Tuve la precaución de hacerme con alguno de ellos, temiendo

que pudiera ocurrir algo semejante. No sé si habrá para todos.

Garden no oyó las últimas palabras. Se encaminó hacia la cabina de herramientas, encima del tren de aterrizaje, y abrió la puerta de un puntapié. Los paracaídas estaban en un rincón. Los fue separando y los contó. Eran nueve. Los examinó detenidamente y pudo comprobar que dos de ellos estaban en malas condiciones. De nueve se quedaban en siete. Justos para Bradley, Nolan, Barton, Lancaster, Smore, Martin y él. Pero quedaban tres hombres más: los que salieron a su encuentro con Lancaster y el mecánico que mantuvo los motores a presión.

Permaneció pensativo unos segundos. No le agradaba tener que hacer una canallada con hombres que habían demostrado siempre una fidelidad a toda prueba. Más consideraba que su vida era por encima de todo.

Salíó decididamente. Llegó hasta el grupo e hizo que los dos bandidos y el mecánico le acompañaran.

—Llevad esos paracaídas a ese costado, fuera de la cabina. Daos prisa. No tenemos mucho tiempo que perder.

Obedecieron. Barton, Smore y Bradley contemplaban la escena en silencio. Veían en el rostro de su jefe una expresión extraña. Algo raro debía estar maquinando aquella imaginación perversa. Cuando todos estuvieron apilados junto al costado penetró en el interior del cuartillo. Miró en todos los rincones. En un extremo se veía parte un motor en buenas condiciones y esto le sugirió una buena idea.

—Sacadlo de ahí —ordenó.

—¿Sacar ese motor desmontado, Garden? —preguntó uno de los tres hombres—. ¿Qué quieres hacer con él?

—Basta de preguntas. He dicho que no hay tiempo sobrado. Vamos; obedeced de una vez.

Los tres penetraron en la cabina. Garden había sujetado todo el tiempo la llave en la derecha, colocada en la cerradura. De repente tiró con fuerza y cerró con dos vueltas por fuera. Un coro de maldiciones respondió a aquella maniobra criminal. Se oyeron voces destempladas, que fueron convirtiéndose en ruegos lastimeros. Luego, golpes terribles contra la puerta de acero. Un pasador de hierro la cerró más herméticamente.

—¿Qué significa eso? —preguntó Barton, avanzando colérico hacia su jefe.

—Significa que no hay más que siete paracaídas. Los justos para salvar nuestra vida. Si alguno se siente con ánimos de cambiarse por uno de éstos, aún está a punto de decirlo.

El silencio fue la respuesta.

—Veo que sois poco escrupulosos. Sabía que ninguno se sentiría generoso y he querido evitar una «masacre».

—Bradley debió ocupar ese puesto.

—Lamento tu falta de memoria, Barton. Siempre te tuve por un hombre listo, pero me doy cuenta de que no te merecías ese concepto. Bradley vale más que todos ellos. Cien mil dólares no se pagan tan fácilmente por un hombre. Vamos; poneos los paracaídas y... ¡abajo todo el mundo!

Obedecieron sin replicar. Desde dentro de la cabina de las herramientas sonaron algunas detonaciones y las balas destrozaron la cerradura. Pero el cerrojo seguía manteniendo la puerta herméticamente cerrada.

Lancaster permutó su puesto con sus compañeros e igualmente fueron haciendo Nolan y Martin. Después, el primero ocupó su puesto y llevó el avión hacia un lugar apartado de carreteras y poblaciones.

Jimmy Garden dio la orden y uno a uno se fueron arrojando del avión, siendo el primero Bradley, seguido de Barton. El último en hacerlo fue Lancaster. Dirigió el aparato hacia las rocosas montañas que tenía frente a él, cruzó de un salto la distancia que lo separaba de la puerta y se lanzó al espacio. Cuando su paracaídas se abrió y pudo mantener el equilibrio, distinguió una intensa llamarada, seguida de una explosión potente. El bimotor acababa de estrellarse con tres de sus camaradas.



CHICOS Y MAYORES
VEN Y LEEN
AVENTURAS DEL F. B. I.

III



OR todos los Estados Unidos se difundieron las noticias relativas a los acontecimientos ocurridos en Richmond aquella noche, destacándose en grandes titulares el accidente sufrido por el bimotor, ocurrido en las estribaciones de la Cadena Montañosa de los Alleghennys. Las comunicaciones telegráficas pusieron en movimiento a las autoridades gubernamentales de villas, distritos y condados que movilizaron automáticamente a sus hombres para dar caza a los bandidos, en el momento en que tomaran tierra en cualquier parte de la nación.

Se había llegado a adquirir plena confianza de que ninguno podría escapar al castigo de la Justicia. Al oeste de Wilmington fueron hallados los restos del avión destruido. Parte de él se hallaba

convertido en ruinas y fue imposible hallar de momento el cuerpo de cada uno de los tripulantes. Únicamente fueron encontrados tres cadáveres en la cabina posterior trasero del fuselaje.

Ninguno portaba documentación. Los colonos de la región aseguraban haber oído en la madrugada el rumor de los motores y la potente explosión de aquéllos al chocar contra las rocas en un sitio casi inaccesible de la montaña, sin poder atestiguar la presencia de paracaídas en el espacio.

Las investigaciones realizadas dieron como resultado la plena convicción de que los sujetos que componían la cuadrilla debían haber muerto carbonizados y despedidos con la violencia del choque, a muchos metros de distancia de aquellos contornos.

Pero tampoco las exploraciones aportaron datos concretos. Fueron reconocidos barrancos, «cañones» y desfiladeros a la redonda, sin que pudiera desentrañarse el misterio que envolvía la desaparición de los restantes forajidos del «gang».

La Policía de Richmond emitió un informe detallado. En él se ponía de relieve los acontecimientos ocurridos en el «Virginia Boat Club,» acompañado de las declaraciones de algunos testigos presenciales. El texto íntegro fue publicado por la Prensa de todo el país, seguido de la relación de víctimas ocasionadas por aquel ataque del «gangsterismo».

Hasta el momento presente las autoridades carecían de datos fidedignos que pudieran apuntar el nombre y la procedencia de los tres cadáveres hallados en el avión, así como de los restantes pistoleros desaparecidos. Aquel asunto seguía envuelto en el misterio. Una de las crónicas que se refería a míster Bradley decía entre otras cosas:

«Míster Bradley, el hombre de ciencia desaparecido con los bandidos del bimotor, formaba parte de un equipo especial para las investigaciones de la energía atómica en Oak Ridge. Había llegado a los Estados Unidos a principio de 1948, incorporándose seguidamente a los laboratorios. Sus trabajos fueron intensos y productivos. Poseía datos de valor incalculable relativos a los últimos experimentos y estaba a punto de regresar a Inglaterra, donde debía disfrutar de un permiso prolongado. Su desaparición

puede tener cierta relación con sus informes y apuntes profesionales. Se ha cableografiado a Gran Bretaña y el Gobierno de esta nación ha intervenido directamente coa las primeras autoridades de la Casa Blanca. La Policía realiza amplias investigaciones en pro de noticias que puedan aportar una luz a este desagradable incidente. Hasta el instante en que se redactan estas líneas, se carece en absoluto de datos suficientes en relación con los documentos de míster Bradley, quizá uno de los más principales móviles que motivaron su secuestro».

Entre la lista de muertos se encontraban cinco policías, dos agentes especiales del Federal Bureau of Investigation y algunas personas civiles. Uno de los forajidos fue recogido por el Equipo Quirúrgico de urgencia, pero cuando los médicos intervinieron toda esperanza de salvación se había perdido.

Entre las detenciones realizadas en el lugar del secuestro formaban parte dos mujeres. Una de ellas era Bertha Clayton que acompañó a míster Bradley momentos antes de que los «gangsters» intervinieran.

De los interrogatorios efectuados no se sacó nada en concreto. Bertha Clayton aseguró que conocía a míster Bradley unas semanas antes del accidente y que su encuentro fue casual, protestó de la maniobra de los bandidos y fue amenazada de muerte. Se hizo cuánto estuvo en manos de la Policía para concretar si aquellas declaraciones respondían a la realidad y nada se consiguió que pudiera poner en duda las palabras de la muchacha.

Cuarenta y ocho horas más tarde, era puesta en libertad.

La pistola hallada ante la puerta del «Virginia Boat Club», así como los datos aportados en relación con el hecho, pasaron a pertenecer al Departamento de Justicia. Éste los envió al Federal Bureau of Investigation, Organismo Federal que se encargaría del caso en todos sus aspectos.

Aquella mañana, una semana después de los acontecimientos relatados en el anterior capítulo, míster Hoover, Director general del

F. B. I.,

recibía un informe urgente dirigido desde Wilmington, en el que entre otras cosas, decía lo siguiente:

«Los equipos de exploración continuaron en días sucesivos sus trabajos a lo largo de toda la región del este del Estado de Pensilvania. El esfuerzo de estos magníficos muchachos se vió recompensado en las primeras horas de esta madrugada. Han sido encontrados los restos de algunos paracaídas carbonizados, en su mayor parte, que nos demuestra que el resto de la banda logró salvarse del accidente del bimotor. Esto supone una magnífica aportación a las investigaciones de la Policía...»

Dos horas después entraba en el despacho del Director otro mensaje urgente y secreto, fechado el mismo día que el anterior y procedente también de la misma ciudad, en algunos de cuyos párrafos se leía:

«A las ocho de la mañana la Policía descubrió el cadáver de un hombre oculto a cincuenta metros de la cuneta de la carretera general de Wilmington a Trenton, presentando heridas de balas en el cuerpo. De la documentación adjunta se deduce que corresponde a un renombrado industrial de la capital del Estado de New Jersey al que debieron atacar con el propósito de apoderarse del automóvil que conducía. Se han podido apreciar las huellas de los neumáticos en sus giros de maniobra, que aseguran el hecho de que los pistoleros del “gang” se encaminaron a Trenton con...»

Aquellos datos eran suficientes para obligar al Director general del

F. B. I.

a obrar con rapidez. Los hombres encartados en el delito de atraco y asesinato debían encontrarse en aquel momento a muchas millas al norte de la capital de Pensilvania. Llamó a un timbre colocado sobre su mesa de despacho y entró un ordenanza. Minutos más tarde tenía ante sí los documentos relativos a las investigaciones

desarrolladas en el «Technycal Laboratory». La pistola encontrada en la puerta del «Virginia Boat Club» había pasado al Departamento de Balística. Los proyectiles hallados en el peine fueron comprobados con los que se encontraron en cuerpo del hombre y la mujer asesinados. La comparación se realizó perfectamente con et microscopio. Uno de los proyectiles, disparados intencionadamente dentro del Departamento de Balística mostró la misma línea divisoria dejada por el percutor, idéntica a la que presentaba una de las balas extraídas del cuerpo de las víctimas, así como la similitud absoluta de las marcas circulares, mostrando los surcos dejados sobre ellas por las estrías interiores del cañón.

De esta manera el

F. B. I.,

por medio de su Sección de Identificación de Armas de Fuego o Departamento de Balística, podía determinar exactamente si una bala disparada por una pistola en caso de asesinato tenía similitud con las que se encontraran en el arma, aunque ésta fuera hallada en manos de un individuo detenido por sospecha, a una larga distancia del lugar del suceso. Cada cartucho expulsado de un arma, después de un disparo, conservan también unas marcas que testifican, fuera de toda clase de duda, haber sido usado precisamente por un arma determinada, entre millones de su tipo. Esta correspondencia singular de armas y proyectiles se basa en que dentro del cañón de todo rifle, pistola automática o revólver existen unas espirales determinadas a facilitar el avance rotatorio del proyectil. El paso de éste a lo largo del cañón le deja impresas unas huellas, correspondientes con exactitud al tipo particular de espiral de que está dotada el arma. Una bala que muestra las marcas características de la espiral de un revólver «Colt», por ejemplo, no podrá haber sido disparado por otra clase de arma. Esta primera eliminación que hace el técnico de Identificación representa una ayuda enorme para la rapidez y seguridad de su trabajo.

Como consecuencia de microscópicas imperfecciones de herramientas usadas en la fabricación de armas de fuego, el cañón de cada una tiene diminutos arañosos distintos a los demás. La enorme presión con que el proyectil es expulsado del arma en el momento del disparo lo hace recoger indefectiblemente la «huella dactilar», delatora que constituye la impresión de esas

imperfecciones del cañón. Estas «huellas dactilares» se toman tan inequívoca y exactamente como las de un hombre sospechoso de cualquier delito común.

El arma empleada en el asesinato de la pareja de novios la noche del secuestro de míster Bradley pasó, seguidamente, desde el Departamento de Balística, al de huellas dactilares, para determinar, con toda exactitud, el nombre y las características del sujeto que la empleó. No es tarea fácil hallar una ficha concreta en más de ciento doce millones de cartulinas escritas. Buscarlas una a una sería una tarea de meses enteros. Pero el Federal Bureau of Investigation posee medios adecuados para conseguir limitar el tiempo de ese trabajo al de diez o quince minutos, como máximo. El empleo de la máquina sistema «Henry» facilitó este trabajo. En pocos segundos esta máquina lleva a cabo la labor que a un experto reportaría horas enteras. Cada ficha de huella dactilar tiene sus datos recopilados en otra más pequeña. Pero en ésta los datos están registrados en un sistema de agujeros en la cartulina. Un montón de las mencionadas fichas es metido en la máquina. El experto, utilizando un mecanismo especial, dispone unos diminutos salientes —de tamaño apto para encajar en los agujeros de las fichas— en la forma que corresponde a las características de las huellas dactilares que se pretenden descubrir. Después aprietan un botón y las fichas, barajadas como por un experto jugador, van dando paso a la que se pretende, viene a caer en otro compartimiento de la máquina. Luego se comprueba minuciosamente, para evitar un posible error, imprimiéndose en gráficos especiales que pasan al Tribunal y contribuyen a fundamentar la acusación sobre un individuo determinado. Desde luego para el experto no hay nada de identificaciones «particulares». O existe absolutamente identidad o no existe identificación.

Las pruebas llevadas a cabo con el escaso elemento de que se disponía en el caso del «Virginia Boat Club», el «Technycal Laboratory» del

F. B. I.

comenzó su trabajo intensamente. Ante los ojos del Director general se hallaban las pruebas que denunciaban a un hombre. Su fotografía estaba fijada a la cartulina en la que se podía apreciar las huellas dactilares de los diez dedos de sus manos. Estaban encabezadas con

un nombre: JIMMY GARDEN. Entre otros documentos gráficos podían apreciarse las huellas dactilares fotografiadas de la culata de la «German Luger» del bandido. Existía un motivo innegable de culpabilidad y únicamente se hacía necesario localizar y detener al asesino. Una y otras huellas eran exactas, como dos gotas de agua sacadas del mismo manantial.

Míster John Edgar Hoover planeó aquel trabajo concienzudamente. El criminal y parte de sus hombres existían, pero cabía el desconocimiento de su paradero. Las últimas noticias marcaron su ruta en dirección norte de la ciudad de Trenton. Esto no quería decir nada. Infinidad de carreteras de primer orden se abrían hacia el Sur, Este y Oeste y cualquiera de ellas podía haber sido tomada por el coche que los conducía.

No era éste el único asunto misterioso que se presentaba en el F. B. I.

Quizá fuera uno de los más fáciles que hallaran en su carrera los agentes especiales salidos de la Academia de Quantico, pero no por ello había que desmayar.

Comenzaría el trabajo por la parte más fina de la madeja.

Toda la mañana, hasta después de las dos de la tarde, míster Hoover se dedicó a establecer comunicaciones con los agentes e inspectores del Estado Mayor del

F. B. I.

Trazó un círculo amplio sobre el mapa de los Estados Unidos, dentro del cual quedaban las siguientes ciudades importantes: Baltimore, Philadelphia, Wáshignton, Nueva York, Pittsburg, Búfalo, New Britain y Trenton. En medio de aquel grandioso círculo, cuyo diámetro abarcaba desde Philadelphia a Cleveland, debían hallarse los hombres que buscaban. Los agentes del

F. B. I.,

tenían la especial misión de localizarlos en el término de cuarenta y ocho horas. Sería encargado del caso el policía que lograra datos concretos a tal efecto y del resultado feliz de la empresa dependía el ascenso automático a inspector.

Para que todo no careciera de meticulosidad, Hoover transmitió las características del hombre que se buscaba. Se imprimió rápidamente millares y millares de fotografías del criminal, que fueron enviadas por avión a los diferentes puntos del país donde

existía un inspector del Estado Mayor, quien a su vez tendría la obligación y premura de entregar dos de aquellas fotografías a cada agente especial bajo su mando.

De esta manera quedó tendida una red potentísima. A los ocho días de haber ocurrido el accidente del «Virginia Boat Club» de Richmond, los servicios policiales funcionaban magníficamente, dirigidos por individuos de probada capacidad investigadora. Jimmy Garden era astuto, pero necesitaba más sagacidad para burlar a la ley.

Bertha Clayton se arrellanó cómodamente en el mullido asiento del departamento de lujo que ocupaba. El «pullman» seguía devorando los kilómetros a una velocidad de vértigo. Detrás de él había quedado la espaciosa llanura que se extendía al este de la histórica ciudad de Atlanta. El sol acababa de ponerse tras los picos de las montañas y el bello paisaje se fue velando con las sombras de la noche.

Bertha no salió más que dos veces en todo aquel largo día de viaje. Desayunó en su compartimiento y acudió a la comida y a la cena. Después de todo lo ocurrido en Richmond, de los momentos difíciles y angustiosos por qué pasó en presencia de la Policía, necesitaba descanso y sosiego. También deseaba estar sola, fundirse en sus pensamientos.

Jimmy Garden realizó su trabajo a las mil maravillas. Ninguna palabra brotó de sus labios ni de los de sus hombres que pudieran complicarla en un caso de asesinato. Sólo llevaba una idea en la mente. Recordaba las frases del Jefe Superior de Policía de Richmond cuando le aseguró que sería llamada en su día para terminar de aclarar algunos puntos borrosos. Esto la intranquilizaba bastante. Pese a haber recibido permiso para poder trasladarse a cualquier punto del país, la joven no se hallaba segura. Temía que la siguieran, pero era capaz de arrostrarlo todo con el propósito de reunirse con Garden y sus hombres. No disponía de más dinero del que llevaba encima, diez o quince dólares o la suma, después de haber gastado casi todo en aquel largo viaje de sur a norte de los Estados de la Unión. Desechó todo pensamiento amargo y se entregó al descanso. Ni siquiera se dio cuenta de las veces que el tren se detuvo en las estaciones donde tenía parada forzosa. Tampoco advirtió la presencia del jefe de tren cuando penetró en su

compartimiento, encendió la luz y volvió a apagarla satisfecho de comprobar que todo marchaba en regla.

Hacia el amanecer se despertó sobresaltada dos o tres veces. Creía haber escuchado ruidos extraños en el Interior del vagón, ruidos que no tenían nada que ver con el que producían las ruedas de acero del convoy de viajeros.

Encendió la luz, pero no distinguió nada. La puerta seguía cerrada y todo estaba en orden.

Una hora después volvió a incorporarse. Ahora estaba segura de que algo raro ocurría. Sentía pasos cerca del diván en que estaba echada y no se atrevió a encender la luz. Sólo percibió una voz queda, casi apagada, que decía:

—Por favor, silencio.

Experimentó una sacudida. Estuvo a punto de lanzar un grito de terror, pero una mano le cerró la boca oportunamente. Luego la luz de una linterna iluminó su rostro y de nuevo la voz varonil volvió a escucharse:

—¡No grite, señorita! Si llama la atención de la gente del tren me veré obligado a matarla. Me persiguen y aquí es donde puedo estar seguro.

Bertha jadeaba. Sentía un miedo tan profundo que todo su cuerpo se estremecía de pies a cabeza. Trató de incorporarse definitivamente, pero la ruda mano la colocó en su posición anterior. Fuera se escucharon pasos precipitados. Se detenían de repente y volvían a escucharse más cerca de aquel compartimiento. El hombre misterioso apagó la linterna y murmuró con voz lo suficientemente suave que pudiera ser escuchada por la joven:

—He de esconderme en alguna parte. Dentro de cinco minutos estarán aquí y me descubrirán. Usted no querrá que un hombre muera a su lado acribillado a balazos, ¿verdad? Debe ayudarme. Me ocultaré debajo de este mismo diván. Apoyare el cañón de mi pistola hacia arriba y haré fuego si una palabra suya me delata. Puede que la vean algo descompuesta, pero invente cualquier formulismo para alejarlos cuanto antes.

Quitó la mano de la boca de Bertha. *Miss Clayton* suspiró profundamente y creyó sentir en su costado derecho el contacto duro del cañón de la pistola automática.

—¿Lo hará? —preguntó el desconocido.

—¡Lo... haré! —Fue la débil respuesta de ella.

—No tendrá que arrepentirse. Le prometo que sabrá quién soy y por qué me persiguen.

Se dejó caer en el suelo y se ocultó convenientemente bajo el mullido asiento. Cualquier movimiento de Bertha hubiera sido controlado por él desde allá abajo, puesto que el diván se hubiera movido forzosamente. El más pequeño indicio bastaría para matarla y hacer fuego contra sus perseguidores.

Bertha se entregó a un sinfín de pensamientos atormentadores. Le hubiera sido muy fácil gritar y llamar la atención de los sujetos que buscaban a aquel desconocido, pero se daba cuenta de que todo aquello no la conduciría a nada práctico. Ella tenía por qué sentir miedo de la Policía. Había formado parte de un complot para secuestrar y asesinar a varias personas honradas y un delito de tal naturaleza que no podía pagarse de otra manera que en la silla eléctrica. No tendrían piedad de una mujer. Por otra parte llegaba a la conclusión de que no debía culpársele del delito de asesinato. Habría negado su participación en el asunto de Garden si éste no hubiese jurado, como lo hizo, que no existiría derramamiento de sangre. Estaba exenta de toda culpabilidad. Al menos así se lo imaginaba.

Pero bien pronto caía en la cuenta que no podía librarse de un castigo más o menos leve. A instancia suya compareció míster Bradley en el «Virginia Boat Club» de Richmond aquella noche. De no haberlo inducido, Garden no se hubiera atrevido nunca a atacar aquel lugar, en el que sabía era frecuente la extremada vigilancia de la Policía.



MADRE:

**Ha salido una publicación infantil, de dibujos,
moral y amena:**

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡ENCANTARA A TUS HIJOS!

IV



A puerta del compartimiento se fue corriendo lentamente, impulsada por una mano invisible en la oscuridad. Casi al momento la luz de una linterna cruzó de un lado a otro el espacioso aposento y se detuvo en el rostro lívido y tembloroso de la muchacha. Unos segundos permaneció encandilándola. Luego la misma mano que la sujetaba dio al conmutador de la luz y un hombre envuelto en un gabán gris avanzó hacia ella. Detrás de él se detuvieron tres más.

—¡Perdón, señorita! —exclamó amablemente aquel sujeto—. ¡Lamento tener que penetrar en su compartimiento en estas condiciones, pero buscamos a un hombre! ¿La ha molestado alguien?

Bertha trató de responder, pero las palabras se atropellaron en sus labios.

—No tenga miedo —siguió diciendo el recién llegado—. Somos agentes de la Policía federal. No tiene nada que temer de nosotros.

—¿Po... licías? —tartamudeó.

—Usted misma puede comprobarlo.

Le mostró una placa que extrajo del bolsillo izquierdo del gabán.

—He despertado sobresaltada —dijo *miss* Clayton aparentando una súbita serenidad que no sentía—. Oí carreras y golpes y creí que algo grave ocurría. Soy algo nerviosa y...

—No vió a nadie por aquí, ¿es cierto?

—Ustedes son los primeros que han entrado.

—Confiamos en su palabra. No será necesario hacer un registro minucioso.

—Están en su derecho si así lo creen oportuno. Pero puedo asegurarles que no he visto a ningún hombre. Carezco de sueño pesado y me hubiera despertado cualquier ruido insignificante.

—No se mueva de aquí. Cierre la puerta por dentro y descanse. El tren no debe detenerse hasta la estación de Greenville y aún tardaremos un par de horas. Para entonces todo estará registrado convenientemente.

—¿Qué delito había cometido ese hombre?

—Perdóneme si no respondo a su pregunta. Comprendo hasta donde puede, llegar su curiosidad, pero esto supone un secreto profesional. ¡Buenas noches!

Bertha no contestó a las frases de despedida. Hubiera deseado que aquel simpático individuo no se hubiera ido nunca del compartimiento, pero creyó percibir desde debajo del asiento el punzante contacto del cañón de la pistola de aquel enigmático personaje. La puerta del compartimiento se cerró con un golpe seco. Los pasos volvieron a percibirse y poco después se perdían en el ángulo opuesto del estrecho pasillo.

Miss Clayton permaneció mucho tiempo inmóvil, sin atreverse a echarse o levantarse definitivamente. Oyó el rumor del cuerpo del delincuente al moverse debajo del asiento y poco después lo vió incorporarse cautelosamente.

A través de los cristales empañados de la ventanilla comenzaba a filtrarse la claridad del día. Las nubes se habían disipado y en su lugar una neblina espesa se iba levantando desde las profundas vaguadas de las montañas.

—¡Gracias! —Fue la exclamación del desconocido—. ¡Ha hecho por mí algo que no lo olvidaré nunca!

—¿Qué piensa hacer ahora?

—No puedo huir de aquí.

—Volverán otra vez y puede que lo descubran. No me agradaría verlo caer acribillado. Ése sólo pensamiento me horroriza.

—Eso prueba que me está cobrando afecto.

—Eso demuestra que soy una mujer.

—Muy valerosa. Y puede que muy hermosa también.

—Deje para otra ocasión los galanteos y procure salir de aquí cuanto antes; No quiero que la Policía se entere de que llegué a mentirles, salvando la vida de un ladrón o un asesino.

Tranquilamente aquel individuo se dejó caer en el asiento junto a la ventanilla. Bertha no se movió, aunque hizo ademán de retirarse.

—No le haré ningún daño, señorita —declaró sinceramente—. Quiero hablarle de mi situación. Mi mente está aturdida y no sería capaz de razonar con libertad. Necesito más que nunca su apoyo y le prometo que estaré eternamente agradecido de su conducta. Como ha dicho el agente federal el tren no se detendrá hasta Greenville. Sería una temeridad exponerse a caer en manos de la ley o a intentar lanzarse al campo en plena marcha. Conozco bastante la ciudad a la que me dirijo y puedo burlarlos al más pequeño descuido que tengan. Sea buena conmigo y termine su buena obra como la empezó.

—Usted es un criminal, ¿verdad? ¿Cómo puedo ayudar a un delincuente y condenarme yo misma?

—Nadie se dará cuenta de ello.

—¿Olvida que dentro de media hora será de día y que tendré que abrir esa puerta para no despertar sospechas?

—Existe un medio adecuado. ¿Hacia qué parte del vagón caen los lavabos?

—Están dos puertas más abajo del compartimiento que ocupo.

—He traído conmigo un lío de ropa y documentación falsificada. Poseo un carnet de libre circulación en los ferrocarriles de los Estados Unidos y ello me dará derecho a que el jefe de tren no pueda delatarme como infractor de las reglas vigentes. Sólo tendré que esperar a que lleguemos a Greenville.

—¿Para qué aguardar tanto tiempo?

—He de justificar mi llegada a este tren. El revisor sospechará de mí cuando me vea, a menos de que piense que he caído llovido del cielo. Desde Atlanta no nos hemos detenido. En todo este trayecto ha debido recorrer los vagones uno por uno lo menos cuatro veces. Debo continuar a su lado.

—Y ¿qué hará después?

—Continuar el viaje.

—Dijo que iba a Greenville.

—No tengo ruta fija. Este tren no se detendrá, como término de viaje, hasta la estación Central de Nueva York. Allí tengo buenos amigos, que me ayudarán a escapar de la Policía. De usted depende todo esto. Ahora es necesario que le diga quién soy y que le hable algo de mi vida. Es corta en acontecimientos, pero interesante.

Bertha lo miró fijamente. Muchas veces volvió la cabeza en dirección a la puerta de entrada del compartimiento, con el temor de ver aparecer al agente federal que unos minutos antes la había visitado.

—Hable y procure no levantar la voz —dijo—. Usted me compromete demasiado con su presencia.

—Algo interior me asegura qué no ocurrirá nada y que llegaremos a ser dos buenos amigos. Mi nombre es Colter, Joe Colter, de Louisiana. Nací en New Orleans hace unos veinticinco años. Los años de mi infancia pasaron sin grandes trascendencias. Mis padres eran modestos trabajadores y no tenían mucho tiempo que dedicar a su único hijo. Por esto quizá llegué a ser un poco libertino en mis andanzas callejeras y experimentar cierta atracción por cosas poco dignas. He pasado algún tiempo con los contrabandistas del Mississippi River y he aprendido de ellos algunos trucos, que me aportaron pequeñas ganancias. Nunca estuve ante la Policía y espero que esto no sea posible. Pero ahora que me doy cuenta...: ¿dónde he visto yo ese rostro tan hermoso, esos ojos azules deslumbrantes, ese cabello de oro antes de ahora? Espere y no vuelva la cabeza. Creo que ahora voy recordando. Hace sólo una semana o diez días, a lo sumo. Fue en el «New Richmond Herald».

—Usted se equivoca. Nunca pudo verme en los periódicos.

—No, ¿verdad? Todavía le diré algo más: su fotografía estaba relacionada con ese hecho delictivo llevado a cabo por un «gang» de

pistoleros en el Virginia Boat Club. He leído las noticias con avidez, porque representaban para mí algo muy sorprendente. Nadie se atrevió nunca a atacar un lugar semejante, en el que tiene cabida lo más digno de la sociedad de Richmond y de Virginia entera. Usted es Bertha Clayton, *miss* Bertha Clayton, amante o amiga de míster Bradley. ¡Oh señorita! Esto es algo magnífico para mí. Espero que ahora nos entenderemos mucho mejor.

Bertha estaba pálida. Veía reír a aquel hombre burlonamente y no podía hacer nada por quitárselo de su presencia. Hubiera deseado que el tren se hubiese estrellado contra una de aquellas montañas o que la tierra se lo tragara de improviso.

—No debe asustarse tanto —siguió diciendo Colter, modificando la expresión de burla de su rostro—. Nos ayudaremos mutuamente. Tengo posibilidades de hacerlo en el orden económico, porque llevo conmigo una enorme fortuna. Vea si no es cierto lo que digo.

Se echó hacia atrás y desabrochó su camisa de franela, sucia y ajada, dejando al descubierto un pecho musculoso y velludo. Entre aquellas hebras oscuras descubrió Bertha un collar de perlas, gruesas como la uña de su dedo pulgar, cerrado por un broche de brillantes de incalculable valor. Sus mejillas se colorearon. *Miss* Clayton tenía una debilidad. Amó la belleza, la elegancia, las joyas y el dinero. Delante de ella tenía un collar tan hermoso como el que pudiera ostentar cualquier emperatriz del Universo.

Se dominó instintivamente y dijo:

—¿De dónde lo sacó?

—Escuche. Sigo contándole esa parte de mi vida que le interesa. He sido un ladronzuelo desde que tenía uso de razón, pero nunca encontré la oportunidad de dar un «golpe» como el de hace unas horas. Tuve que andar muy listo para apoderarme de él.

—¿Mató a la persona que lo llevaba?

—No fue necesario. Procuro trabajar de manera que no haya derramamiento de sangre. No me agrada proceder de esa manera, ¿comprende? La sangre es muy escandalosa. Utilicé una droga, y todo fue como la seda. He seguido a esa mujer durante tres días y he rondado su casa de noche. El sueño me rendía; pero aquí está la prueba de mi constancia, y éste es el mayor premio que puedo recibir. Ya sabe quién soy yo. No he matado, pero soy un ladrón que no pagaría sus robos con diez veces que me sentaran en la silla

eléctrica. Quiero hacerle una proposición. Todo eso que le dije de que conocía amigos en Nueva York es una pura patraña. Yo no he visto en mi vida esa ciudad. Nunca salí del hediondo cieno del Mississippi River. Necesito una persona que me ayude y pueda orientarme en adelante. Esa persona puede ser usted.

—¿Yo?

—A cambio de este hermoso collar de perlas legítimas, que representa un buen puñado de «machacantes». No debe pensarlo siquiera. Le gusta mucho, ¿verdad? Sé por experiencia que todas las mujeres son vanidosas —hasta cierto punto— y adoran esta clase de «bisutería» más que a nada en el mundo. Usted es hermosa y digna de llevar una prenda como ésa. Hagamos trato y será suyo. ¿Qué me responde?

Bertha alargó la mano y tomó una de las perlas del collar. Sus ojos brillaban de una manera extraña. En su mente no cabían ideas violentas, porque era casi una niña; pero su entusiasmo por aquella preciosa joya llegó a su punto culminante.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, con viveza.

—Sacarme de este atolladero y presentarme a sus amigos.

—Yo tampoco tengo amigos en Nueva York.

—No sea chiquilla. Cuando leí las noticias en el «New Richmond Herald», me dije al momento: «La Policía no tiene sentido común. He aquí una divina mujer complicada con una banda de “gangsters”, que emplea una excelente coartada».

Me gustaría poder decírselo. Como ve, no me equivoqué en nada. Es usted preciosa y capaz de conmover a esas rocas que contemplan el paso de los siglos. Vamos; acabe de una vez. Sea sincera conmigo y declare que he dado en el clavo.

Una sonrisa burlona apareció en los labios rojos y carnosos de la muchacha. Le hacía gracia la manera de expresarse de aquel hombre, su sagacidad y desenvoltura, la fina ironía de sus palabras. Hasta creyó encontrarlo interesante. Guardó silencio breves minutos. Meditaba detenidamente, cotejando las posibilidades que se le ofrecían de hacerse dueña del collar. Jimmy Garden podía contar con un hombre experto. Al lado de su prometido conseguiría Colter colocarse a la cabeza de los restantes miembros de la banda y alcanzar la fama y la fortuna que necesitaba. Profundizó más en sus pensamientos, pero se horrorizó de que alguna vez pudiera llegar a

ser una realidad.

—¿Qué decide?

—Le llevaré hasta Nueva York y le buscaré amigos dignos de usted. Pero antes quiero saber una cosa.

—Usted sabrá de mí todo cuanto desee.

—¿Tiene miedo a la Policía?

—Eso es insultarme.

—Puede que tenga que robar y hasta matar.

—¿Qué importa, si cuento con usted y con protección? Dígame qué tengo que hacer.

Miss Clayton miró su reloj de pulsera.

—Son las siete de la mañana. Dentro de una hora estaremos en Greenville y usted debe desaparecer de este vagón. Ocúltese en los lavabos y cambiase de ropa. Procure asearse y modificar en lo que pueda su personalidad. Luego venga aquí conmigo. Yo le sacaré adelante.

—Sabía que usted lo haría.

—Por el collar, ¿no es cierto?

—Quizá eso haya influido bastante, aunque adivino en usted un corazón de oro. Empiezo a considerar que no habrá billetes de Banco suficientes para pagar este favor.

—El precio que le pido es suficiente.

—Es verdad. Perdóneme.

Desabrochó el brillante que cerraba el collar. Luego lo ocultó en el hueco formado con ambas manos y lo alargó a la muchacha, diciendo:

—En ninguna parte estará más seguro que con usted. Guárdelo bien y no olvide su promesa.

Colter se levantó del asiento. Se acercó cautelosamente hasta la puerta y suavemente comenzó a descorrerla. Miró a ambos lados del pasillo. Vió que estaba silencioso y sombrío y regresó al lado de la muchacha. Sacó de debajo del asiento un lío de ropa y volvió a aproximarse hasta detenerse bajo el dintel.

Bertha lo vió desaparecer, perdiéndose el ruido de sus pasos sigilosos a los pocos segundos. Lanzó un suspiro de alivio. Se levantó y buscó su maletín de mano, que abrió después de haber corrido las cortinillas de la puerta. Poco más tarde, el collar descansaba en el doble fondo del maletín.

En Greenville, el tren se detuvo quince minutos. Los andenes de la estación estaban abarrotados de bultos, maletas y viajeros, hacinados en un ir y venir constante. Creyó ver muy cerca de su ventanilla el rostro del agente federal que había estado en su compartimiento en la madrugada. Sintió un estremecimiento. Pero pronto se tranquilizó cuando vió que no miraba hacia ella y que se encaminaba hacia la parte trasera del convoy. La locomotora eléctrica pitó estridentemente. Las ruedas se movieron. Los frenos chirriaron, y de nuevo, aquel coloso de hierro se lanzó a espantosa velocidad, tragando millas y más millas, acercándose paulatinamente a la gran ciudad de los rascacielos.

Pasó algún tiempo.

Bertha abandonó el compartimiento y avanzó por el pasillo, agarrándose con fuerza al pasamanos. Cruzó de un coche a otro y penetró en el que hacía de restaurante. Ocupó una mesa solitaria y solicitó que le sirvieran el desayuno.

Sintió que alguien retiraba la silla por detrás de ella y se volvió sobresaltada. Sus ojos se abrieron en señal de estupor. Un hombre joven, elegantemente vestido, sonreía amistosamente. Le tendió la mano y exclamó:

—¡Hola, *miss* Clayton!

—¿Usted? —preguntó ella.

—¿No me recuerda?

—¿Qué tal, míster Colter?

—Todo marcha a pedir de boca —respondió el ladrón, tomando asiento frente a ella—. ¿Qué va a tomar?

—Ya he pedido mi desayuno: té, galletas y mantequilla.

—Yo desayunaré más fuerte. Llevo más de quince horas sin saber lo que es dar trabajo a las molares.

El camarero sirvió lo que se le pedía. Bertha desayunó con gran apetito, mientras observaba atentamente a su acompañante. Joe Colter no era él mismo. La barba de muchos días que sombreaba su rostro, el aspecto lastrado de su indumentaria, la alteración de sus facciones, habían desaparecido. En cambio, tenía ante sí a un joven guapo y distinguido, de finos modales y amena conversación. En él debía haberse operado un milagro. Ahora podía estar seguro de que no sólo llegaría a Nueva York, sino hasta el fin del mundo, si se lo proponía, sin que nadie pudiera sospechar que era el mismo que

había robado aquel valioso collar de perlas.

Tuvo ocasión de comprobar después la eficacia de la documentación falsa que llevaba consigo.

El jefe de tren examinó la cartulina y quedó conforme. La misma Policía pidió su documentación y no pudo descubrir que todo estuviera falsificado.

Del sujeto astroso a quien habían perseguido no quedaba el menor rastro.

Durante las largas horas que duró aquel interminable viaje procuró Colter que la muchacha quedara gratamente impresionada de sus modales. Y en verdad que iba a conseguirlo. Cuando llegaron a Washington parecían los mejores amigos del mundo. Charlaban y reían sus comentarios y parecían haber olvidado todos los peligros anteriores.

Estaban libres de la Policía y dueños de hacer su mejor voluntad.

Nueva York esperaba. Tenían la seguridad de que el triunfo iba a sonreírles.



PADRE:

No consientas que tu hijo vea cuadernos propios para chicas.

COMPRALE

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡ENCANTARA A TUS HIJOS!

V



DOUGLAS Freeman patentizó en la Academia de Quantico su valía y dejó bien demostrado cuánto podía esperarse de él. Muchas veces se halló delante de «Oscar» como un neófito inexperto, sin más recomendaciones que lo que pudiera dar de sí su inteligencia. El aprendizaje de cualquier agente especial abarcaba todo cuanto podía relacionarse con el crimen. Algunas veces tuvo que mostrar su habilidad para medir las sombras, recoger con pinzas diminutas un cabello cualquiera y cortar con habilidad un trocito de madera donde había quedado una mancha de sangre. El fallo más insignificante, cuando se trataba de hallar la pista de uno de aquellos asesinatos simulados, bastaba para que en su expediente quedara registrado un tanto, y de importancia, desfavorable. Pero él

terminó sus notas limpias. Los entrenamientos a que fue sometido, igual que sus compañeros de promoción, fueron tan perfectos y acabados como puede ser humanamente viable. Iba de la teoría a la práctica; del aula al laboratorio; del gimnasio a la actuación directa, en compañía de experimentados agentes especiales. Aprendió a defenderte utilizando el «*jiu-jitsu*» como un experto campeón japonés. Demostró su habilidad en el manejo del «Colt», colocando el revólver a la altura de la cadera, situando las balas con mortal puntería. Y hasta aventajó a muchos en la peligrosa práctica de arrojar de un automóvil en marcha sin hacerse el menor daño.

Cuando abandonó Quantico fue destinado en servicio especial a Nueva York.

Allí terminó su perfeccionamiento. Bien es verdad que su actuación estuvo relacionada con los triunfos de uno de los más experimentados inspectores del Estado Mayor del

F. B. I.;

pero no por ello su valor, sus grandes dotes de analista y el sentido práctico de sus investigaciones, pudieron ser nublados. El conoció a algunos «gangsters», famosos asesinos, que se reían groseramente cuando pronunciaban la palabra

«G-Man»

[1].

Pero aquella risa no tardó mucho tiempo en nublarse para siempre. El mundo de la ilegalidad odia, al mismo tiempo que teme, al

F. B. I.

Y sabe que no puede jugarse con él.

Douglas Freeman conocía Nueva York hasta en sus rincones más ocultos. Infinidad de veces lo aseguró con estas palabras: «Me es más familiar el bajo fondo neoyorquino que su Quinta Avenida». En ellas podía resumirse un todo.

Una vez más, su informe fue el primero en llegar a la mesa de despacho del director general. En él resumía su labor de aquellas cuarenta y ocho horas estipuladas. Aseguraba que Garden y sus hombres ocupaban un rincón en uno de los barrios extremos de Nueva York y que se comprometía, si recibía la orden concreta, a seguir adelante las investigaciones y hacer lo posible por detenerlo. Míster Hoover hizo cursar el siguiente despacho:

«Ordene al agente Freeman la inmediata participación en el asunto. Disponga dos agentes para que lo vigilen y ayuden en caso de peligro. Garden debe ser detenido vivo contra toda eventualidad».

Iba dirigido al inspector Morgan.

Éste, a su vez, transmitió al director la contestación:

«Agente. Freeman en campaña. Confirmamos la noticia de que Garden y sus “gangsters” permanecen en Nueva York. Recibirá noticias concretas sobre el asunto, una vez se haya llegado a tomar contacto con ellos».

Ambos estaban redactados en clave.

Para Douglas Freeman, aquello significaba nada menos que el ascenso ofrecido por la Dirección general del

F. B. I.

Nunca hubo un hombre que tomara con más ardor una misión semejante. Sus primeros pasos estuvieron encaminados hacia los extremos de la capital. Día y noche realizó investigaciones por los muelles del puerto y por los barrios que se extendían más allá de la avenida de Fort Lee. Tan pronto aparecía vistiendo el mugriento «mono» de un mecánico automovilista o un impecable «*smoking*», según tuviera que frecuentar tabernas y nidos de delincuentes, como los mejores clubs nocturnos de la capital.

Obraba independientemente de los agentes que le seguían. En varias ocasiones llegaron a tomar bebida en un establecimiento público hombro con hombro, sin que una mirada, un signo o una palabra insignificante, pudiera hacer sospechar que entre ellos existía la más pequeña amistad. Diariamente llegaban a manos de Morgan los resultados de las pesquisas. Hasta el momento, nada de particular podía mencionarse.

Muchas veces, la pista que se seguía resultaba falsa o se desvanecía antes de que pudiera confirmarse una suposición.

Pasaron algunos días. Freeman comenzaba a experimentar cierto temor. No es que se sintiera descorazonado ante las dificultades que encontraba a su paso, pero se daba cuenta de que Garden y sus hombres podían emprender el «vuelo» cuando se les antojara, sin que nadie lo cortara a tiempo. Celebró algunas entrevistas con

Morgan en lugares determinados de la ciudad. El tiempo no debía contar para nada en la labor. Eran los hechos positivos los que se perseguían.

Una noche recibió Freeman una grata sorpresa. Tomó el «Metro» en el comienzo de la Séptima Avenida, en dirección de la calle Ciento Dieciséis Oeste. El vagón donde esperaba hacer el recorrido quedó casi repleto en la estación siguiente, viéndose materialmente derribado contra la pared paralela a la puerta. De esta manera continuó casi hasta el final. No se dio cuenta de que un hombre trataba de aproximarse a él. Tampoco reparó en su rostro cuando penetró en la misma estación donde él lo hizo, después de haber sido observado minuciosamente.

Únicamente lo vió cuando bajaron. Había dejado entre sus manos un objeto, disimuladamente, sin que entre ellos se cruzara una palabra. Intentó seguirlo, pero el misterioso individuo desapareció tan rápidamente, que hubiera sido difícil alcanzarlo.

Dominó su curiosidad. Subió a la superficie y esperó unos segundos junto al bordillo de la acera derecha de la calle Ciento Dieciséis Oeste e hizo detener a un «taxi». Dio unas señas y el coche partió a buena velocidad.

El ascensor lo llevó a su domicilio. Sólo en su habitación, examinó detenidamente el objeto. Representaba un tubito de carmín para labios y estaba herméticamente cerrado. Logró abrirlo utilizando la punta de su navaja y extrajo de su interior un rollo de papel cuidadosamente colocado en las paredes interiores del tubo.

Era un anuncio de la casa fabricante del cosmético. Lo examinó por todos lados, sin descubrir nada que pudiera desentrañarle el misterio.

Durante unos segundos permaneció indeciso. Después colocó ante él el cenicero de metal, encendió una cerilla y aplicó la llama al papelito, dejándolo que se fuera consumiendo lentamente. Poco a poco la ceniza, en un principio negra, se fue tornando blanca. Douglas esperó anhelante. Estuvo a punto de lanzar una exclamación de júbilo. Sobre la blanca ceniza empezaban a marcarse unas letras oscuras, que comenzó a deletrear con afán. Por fin pudo reconstruir un nombre:

«YALE CLUB»

Más abajo seguían otras, algunas de ellas tan impresas, que tuvo que adivinarlas. Se referían a una cita concreta. Lo volvió a leer en voz alta:

«YALE CLUB, A LAS DOCE EN PUNTO»

Conocía aquel lugar por haberlo frecuentado en repetidas ocasiones. Meditó sobre la manera misteriosa de entregarle aquel tubo en el Metropolitano e hizo infinidad de cábalas sobre la personalidad del misterioso sujeto. ¿Quién podía ser? ¿Habría descubierto en él a un agente especial del

F. B. I.?

¿Sería una ayuda fortuita o una trampa que le preparaban sus enemigos?

Dudó mucho tiempo antes de tomar una determinación. No sentía temor por sí mismo ni le arredraba la idea de tener que enfrentarse con una partida de asesinos, ocultos en la sombra, dispuestos a no reparar en obstáculos para conseguir la plenitud de sus designios. Dentro de todo aquello, existía un hombre de renombrada personalidad internacional. Míster Bradley podía haber sido asesinado por sus secuestradores o quizá estuviera obligado a reproducir los informes contenidos en aquellos documentos que fueron hallados en su domicilio particular y que los bandidos no llegaron a arrebatarse.

Todos estos cálculos acabaron por decidir al agente. Iría por encima de todo. Conocía trucos y argumentos apropiados para burlar a inteligentes criminales, aunque no quitaba importancia al valor y audacia de Jimmy Garden y sus secuaces. Consultó la hora en su reloj de pulsera. Eran las diez y media de la noche y le quedaba, por tanto, hora y media para prepararse a fondo. Abrió un pequeño armario de laca y de él extrajo una caja metálica de reducidas dimensiones, aunque bastante pesada. La abrió. Manióbró en un dispositivo especial y conectó la pila eléctrica al mecanismo enrevesado del aparato. Dos lamparitas diminutas se encendieron y la luz roja y azul iluminó una esfera semejante a la de un reloj de bolsillo. Luego destapó la tapa trasera de su pitillera de plata, corrió una lámina de metal dorado y leyó unas cifras grabadas con un punzón.

Empleó media hora en su trabajo. Cuando terminó empezaban a

sonar en la iglesia de Saint
Bartholomew's

las once campanadas de la noche. Colocó la caja metálica en el lugar que ocupaba anteriormente, cerró con llave la puerta del armario y salió de la habitación. De la percha del pasillo tomó su gabán y se lanzó a la calle.

Eran las doce menos cinco minutos cuando penetró en el Yale Club, situado en la esquina de la calle Cuarenta y Dos Este con la avenida de Vanderbilt, frente a la gran estación central de Nueva York.

No vestía su traje ordinario de calle, y en su lugar presentaba un impecable «*smoking*». Depositó el abrigo en el guardarropa y avanzó hasta la «barra» del bar. Pidió un «high balls». Con la copa en la mano se volvió hacia la pista de baile, apoyándose de espalda en el mostrador. Le agradaba presenciar el bullicio de aquel «*night-club*», uno de los más elegantes y acogedores de la ciudad de los rascacielos. La orquesta de «*jazz*» y «*swin*» interpretaba una de sus piezas favoritas. Las parejas de jóvenes alegres y bullangueros se entregaban a la vorágine de la danza, mostrando la gran habilidad de que estaban dotados. Las damas y señoritas hacían gala de la vistosidad de sus trajes de noche, realzando provocativamente sus encantos naturales, dando un realce magistral a su belleza.

Douglas Freeman se extasiaba en aquella contemplación armoniosa. Nunca tuvo novia, ni siquiera pensó en buscarla. Tampoco tuvo tiempo para dedicarse a asuntos triviales, cuando, en verdad, el tiempo de que disponía tenía que dedicarlo por entero a su profesión.

Pasó algún tiempo. Comenzaba a dudar de la posibilidad de aquella cita misteriosa. Vió en uno de los extremos del salón a los dos agentes que le seguían. Cambió una mirada con ellos y los vió conversar amigablemente, sin que volviera a repetirse ningún otro signo de inteligencia.

A ambos lados del lugar que ocupaba en la «barra» del bar se situaron otros individuos. Bebieron y pagaron la consumición, retirándose seguidamente. De pronto, Freeman experimentó una sacudida. Una pareja cruzó ante él y fue a situarse ante la pista de baile, ocupando una de las mesitas vacías. Se fijó principalmente en ella. Él había visto aquel rostro en otra ocasión, tal vez fotografiado

en los periódicos. Si era ella, no cabía la menor duda de que el original poseía un valor más positivo, de un poder de sugestión inigualable.

El hombre que la acompañaba había estado bebiendo a su lado unos segundos antes. Lo vió de reojo, pero no halló en su fisonomía nada que pudiera interesarle. Era joven y bien parecido. Debía pertenecer a una de las familias más distinguidas y opulentas de Nueva York, a juzgar por el lujo de su indumentaria y la ostentación que demostraba en todo momento. Ella lucía un collar de finísimas perlas, rematado en un grueso brillante engarzado en oro.

Por un momento, la mirada del desconocido se cruzó con la suya, pero Freeman comprendió que no podía tratarse de otra cosa más que de una casualidad.

Se volvió hacia el mostrador y pidió otro «*whisky*» con soda. Levantó la copa y reparó que debajo de ella habían dejado un papel, doblado cuidadosamente. Disimuladamente se lo guardó, pagó el importe de lo consumido y atravesó el salón, para encaminarse hacia uno de los amplios pasillos. Pudo aprovechar la ocasión en que nadie lo espiaba y leyó rápidamente su contenido. Estaba redactado en estos términos:

«Si busca a míster Bradley y a Jimmy Garden, no pierda de vista a dos hombres situados ante una mesa, en el rincón más próximo a la puerta de salida. Procure que no se den cuenta de su presencia y sígalos. Alguien dijo que agentes del

F. B. I.,

estaban tras la pista de Garden en esta ciudad. Abra bien los ojos. Le va en ello la vida.

»*Un amigo*».

No le cupo duda alguna de que una persona misteriosa conocía su verdadera personalidad y de que trataba de ayudarle por todos los medios. No reparó en cumplir aquella consigna.

Hubieran sospechado de él de haber seguido imperturbable junto a la «barra» del bar y necesitaba pasar desapercibido. Se aproximó al rincón indicado, pasó de largo y se detuvo ante una mesa ocupada por dos señoritas y un caballero. Pidió un baile a la

más joven y ella aceptó gustosa.

Freeman no dejó un momento de observar aquel rincón. Los dos individuos seguían charlando animadamente y no parecían tener mucha prisa en retirarse. Douglas comenzaba a perder la paciencia. Pasó más de una hora. Estaba cansado después del ajeteo de aquel día y el ininterrumpido baile de la noche, al que se veía obligado por las circunstancias.

Sintió una gran alegría cuando los vio levantarse, pagar el importe de la consumición y dirigirse hacia la puerta de la calle. Bastó una mirada para que los agentes que le seguían comprendieran.

Cuando cruzó el umbral de la puerta, los dos personajes subían a un automóvil negro y uno de ellos ponía el motor en marcha. Él se dirigió a otro aparcado en la acera de enfrente. No era suyo, ni le importaba el nombre de su dueño. Lo devolvería cuando su trabajo hubiese terminado, si en verdad aquellas letras suponían una pista segura para el descubrimiento de la banda de Jimmy Garden.

El coche ocupado por los misteriosos sujetos avanzó a buena velocidad por la avenida de Vanderbilt, dobló a la derecha la calle Cuarenta y Dos y tomó después la Quinta Avenida, en dirección al Central Park, de Manhattan.

Freeman lo siguió a corta distancia. Muchas veces se vieron detenidos por la aglomeración de vehículos estacionados en las inmediaciones de las calles Setenta y Dos, Ochenta y Seis y Ciento Seis, hasta la Ciento Veinticinco. Desde aquel momento, todo transcurrió normalmente. El automóvil negro inició la marcha por la avenida de Nicholas y alcanzó en poco tiempo la calle Ciento Setenta y Ocho Oeste. Se detuvo unos minutos en un surtidor de gasolina y cruzó el puente de Washington, lanzándose a una velocidad endiablada por Henry Hudson Drive.

Douglas Freeman se sentía cada vez más seguro de sí mismo y de las letras de aquel supuesto amigo. A tan altas horas de la noche no era corriente que un automóvil de lujo tomara aquella dirección, tan apartada del centro de Nueva York, si no obedecía a algún asunto importante. En su imaginación se iban formando las ideas más descabelladas. Deseaba poder proporcionar al inspector de Estado Mayor una buena información de sus investigaciones y señalar, sin lugar a dudas, el sitio exacto en que podía ser detenida

la banda de Jimmy Garden. Freeman profundizaba más en sus ideas. Quería hacer que Garden cayera en un lazo diestramente tendido y que la Prensa de los Estados Unidos publicaran su fotografía en primera página, con gruesas letras de molde, que podían decir algo parecido a esto:

«FREEMAN, AGENTE ESPECIAL DEL
F. B. I.,
CAPTURA A JIMMY GARDEN»

Aquello sería su encumbramiento a la fama. El ascenso a inspector del

F. B. I.,

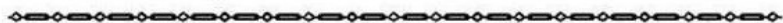
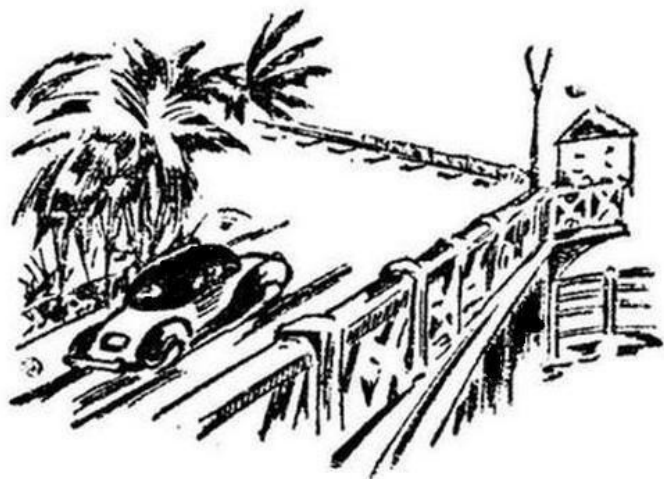
podía darse por descontado, además de alguna buena condecoración, otorgada por el Congreso del país.

Pisó el acelerador. El automóvil negro desarrollaba una velocidad, a duras penas contrarrestada por aquel «Packard» de último modelo. Al final de Henry Hudson Drive, el coche dobló a la izquierda y tomó la gran avenida de Palisade. Lo veía como un punto inmóvil en el horizonte. Apretó el acelerador con más fuerza. Los árboles que circundaban algunas manzanas de edificios parecían cruzar ante él como fantásticos espectros. Sentía el sudor correr por su frente y un agudo dolor en ambos antebrazos.

Al llegar a la unión de la Avenida de Lafayette con la de Palisade, frenó. Del coche negro no se advertía el menor rastro.

Abrió la puerta y descendió del «Packard» limpiándose el sudor con el dorso de la mano. Una señal inequívoca de ira apareció en su rostro moreno. Había fracasado en su intento. Aquellos hombres debieron darse cuenta de su presencia y utilizaron todos los medios a su alcance para despistarle. Miró en torno suyo. No quería ser sorprendido por sus enemigos, y menos aún exponerse a recibir una granizada de balas por la espalda.

Anduvo algunos metros con la pistola automática preparada. Miró en todas direcciones, observó el piso de la calzada y no descubrió huellas que pudieran indicarle el lugar en que se habían ocultado. Otro, en su sitio, hubiese desistido de su empeño; pero Douglas Freeman era de los hombres que no abandonaban una empresa mientras no estuviera seguro de que no existía posibilidad de arreglar un yerro.



AVENTURAS DEL F. B. I.
La enciclopedia del
ARTE
EMOCION

VI



UEDE decirse que Joe Colter, el dinámico amigo y acompañante de *miss* Clayton, cayó de pie en la cuadrilla de Jimmy Garden. La noche de su presentación en el domicilio particular del «boss» del «gang» registró un verdadero acontecimiento. Bertha se deshizo en elogios ante su prometido. Colter había resultado un hombre listo, dotado de una inteligencia nada común. Rieron y comentaron los hechos registrados a lo largo del viaje.

Garden lo sometió a un interrogatorio completo, al que fue respondiendo Colter con aplomo. Algunos de los presentes objetaron en la conversación, y para todo tuvo salida. Ni Jimmy ni ninguno de su partida podían dudar de lo que aquel hombre relataba.

Contó una historia parecida a la que Bertha había oído de sus labios aquella noche en el departamento de lujo del tren e hizo gala de su agudeza de ingenio.

—Bertha hizo bien con traerte aquí —terminó diciendo Garden—. Necesito hombres «completos». Aquel asunto del Virginia Boat Club, de Richmond, nos paralizó bastante. Volveremos a «trabajar» de firme y tendrás tu participación en cada «negocio» que se lleve a cabo. Agradezco sinceramente el regalo que has hecho a *miss* Clayton de ese collar de perlas, pero debo desestimarlos por una razón muy poderosa. Bertha debe llevar joyas, es cierto. Su belleza la hace acreedora a todos esos regalos, pero ten en cuenta que sólo debe llevar aquellos que le ofrezca el hombre que va a casarse con ella. *Miss* Clayton será mi esposa dentro de una semana. Espero que tú lo reconozcas así.

—Cuando lo hice no tenía la menor noción de su compromiso. Además, quise agradecerle de esa manera la hospitalidad que me ofrecía entre hombres valientes como vosotros. Creo haberle dicho en cierta ocasión que conocía Nueva York, pero, en verdad, es la primera vez que lo piso. ¿Qué hubiera sido de mí solo y sin amigos? Te ruego que no opines mal de ese gesto que tuve y que consientas a *miss* Clayton el que lo luzca.

—Es un collar robado, ¿no es cierto?

—Desde luego. Pero no tengas miedo de que te lo reclamen. De Nueva York a Orleáns hay una distancia que sobrepasa las mil doscientas millas en línea recta. ¿Crees que pueden pensar hallarlo en el cuello de una de las más hermosas jóvenes de esta ciudad? A ella le gusta, ¿verdad?

—Sentiría perderlo —respondió la joven, sonriendo—. Es el collar más hermoso que he tenido en mi vida. Yo te pido que me concedas esa gracia, Jimmy.

—Si ése es tu deseo...

—Siempre tan cariñoso y amable —repuso ella, mimosa, colocándose a espaldas del jefe de la banda y acariciando su ensortijado cabello negro—. Yo te propongo un cambio honroso y de ventaja para ti. Quiero este collar, y tú te llevas a un muchacho avisado, inteligente como pocos, que ha de ser muy útil para tus planes. Puede que algún día me lo agradezcas.

—Tal vez.

Colter se dio cuenta que aquella mujer mandaba en aquel hombre. Sus mimos y sus caricias podían más que su ferocidad de bandido acostumbrado a ser obedecido y a imponer entre los suyos su voluntad de hierro. Tenía delante de él al célebre jefe del «gang». A ambos lados de la mesa se sentaban Nolan, Barton, Martin, Lancaster y Smore. Todos valían por una veintena de policías armados. Leía en cada rostro la vivacidad de su inteligencia al servicio del crimen.

Bertha se sentó al lado de Garden. Colter se colocó a la izquierda del bandido, y éste comenzó diciendo:

—Los periódicos siguen hablando del asunto del Virginia Boat Club. Muchos editoriales se dedican a criticar a la Policía por sus ineficaces medios para combatirnos, y ensalzan la labor opaca del Federal Bureau of Investigation, a manera de burla. Dos de sus agentes murieron en aquella refriega. La Prensa publicó la fotografía de ambos y los méritos contraídos en los años que llevaban prestando servicio al Departamento de Justicia. Nunca me agradaron los

«G-men»

ni me causaron temor. Los he considerado como hombres afeminados, hasta cierto punto, por el mero hecho de emplear educativas palabras y buenas costumbres cuando intentan detener a un delincuente. No obstante, deben reconocerse algunos de sus triunfos. Poseen medios adecuados para descubrir a gente que marcha al margen de la ley, aunque, con nosotros esos medios no han dado resultado, ni lo darán jamás. Los conozco de sobra. Eso no quiere decir que no se ande con cuidado. Vosotros preguntaréis por qué os hablo de esta manera, en vez de ir derecho a lo que interesa. Es necesario abrir bien los ojos y no fiarse de nadie. Míster Bradley sigue en sitio seguro. Me han prometido que, dentro de tres días, será recogido y abonarán el precio que fijaron.

—¿Cien mil dólares? —preguntó Smore.

—Una buena suma —añadió Barton, sonriendo.

—Pero no lo suficiente —siguió diciendo Garden—. Con diez o quince mil dólares, no tendríamos ninguno para salir de Estados Unidos. Es obligatorio trabajar con rapidez.

—Algún asunto nuevo, ¿verdad?

—Dos.

—Acaba, Jimmy. ¿De qué se trata?

—Es un trabajo que hará en su generalidad nuestro joven Joe Colter. Su historial en palabras es muy interesante, y debe probarnos que vale y que se puede confiar en él plenamente. Escuchad.

Garden habló durante largo tiempo. Sus planes eran difíciles de resolver, y en ellos el peligro parecía más inminente a cada momento. Colter escuchaba sin pestañear, sin que en su rostro se fijara el más pequeño síntoma de emoción. Lo que Jimmy Garden pretendía era un suicidio.

Cuando terminó, preguntó, sonriente:

—¿Qué dices a todo esto, Colter?

—Amo el peligro y me gustaron siempre las escenas violentas. Prefiero que el cañón de mi pistola no se oxide y que el índice de mi mano derecha no se anquilese por la inactividad. Me habéis acogido como a un camarada más, y debo demostraros que no lo habéis hecho a la ligera. ¿Cuándo debo actuar?

—Dentro de una semana. Estamos a veinticuatro de agosto. Exactamente, el día treinta.

—¿También vosotros?

—Sí; al mismo tiempo. De esta manera, daremos que hacer a la Policía, dándole la sensación de que no es una sola banda la que actúa en Nueva York. Tendremos ocasión de escabullimos antes que descubran nuestras huellas. Por este motivo, tu caso es el más difícil, o, si lo prefieres, de mayor resonancia. Atraerás a la Federal y al

F. B. I.,

con tu golpe, y todo ello dará una oportunidad segura para escapar.

—Y ¿si me cogen?

—Eres inteligente y buen tirador. Un perfecto «big-shot», según tengo entendido. Hallarás la manera de librarte de la Justicia por la cuenta que te tiene.

Colter guardó silencio. Aquello no le iba gustando. ¿Por qué se empeñaba Garden en lanzarlo a él sólo a una aventura semejante? ¿Tenía interés en que lo eliminaran?

—Me gustaría adelantar esa fecha —dijo, a manera de respuesta.

—No es posible. El dinero llegará el día treinta por la tarde. Las

arcas de esa Compañía deben estar sin un centavo.

—Igual que mis bolsillos.

—Lo suponía.

Garden hizo una indicación a Barton, quien se levantó y se acercó a su jefe. Éste le entregó una llave de plata, y el lugarteniente de la banda acompañó al «gángster». Smore abrió una puertecita de madera, después de haber descolgado un cuadro de la pared, y regresó llevando una caja de acero de pequeñas dimensiones. Barton permaneció junto a la puerta de salida.

Colter no pestañeó. Bertha y el resto de los pistoleros contemplaban en silencio la acción del «boss» de la cuadrilla. Abrió la caja metálica y sacó de ella un fajo de billetes de Banco. Sacó unos cuantos y los arrojó hacia el lugar de la mesa donde Colter estaba apoyado con los codos, y dijo:

—Son cinco de los grandes. Me gusta que mis muchachos vayan bien vestidos y dispongan de dinero para divertirse. Gástalos. Quiero verte en este lugar dentro de seis días.

—No faltaré.

—Una pequeña advertencia.

—¿Una solo?

—Procura no emborracharte ni mezclarte con gente que pueda delatarnos. Ten presente que la lengua debe permanecer muda para muchas cosas. No me gustaría que todo esto se desmoronara por una incorrección, y puedes tener la completa seguridad de que no perdono a los «soplones».

Joe Colter no contestó. Aquellas palabras marcaban el final de su entrevista con el jefe de los bandidos. Debía marcharse de allí y esperar al día 30 para volver a enfrentarse con Jimmy Garden y recibir las últimas órdenes para el caso que se le confiaba.

Se levantó del asiento. Estrechó la diestra de cada uno de sus nuevos camaradas y atravesó el salón, no sin haber dirigido una mirada significativa a Bertha Clayton. La muchacha debió comprenderlo, puesto que abandonó la mesa con un pretexto y salió unos minutos después tras el enigmático muchacho. Bajó en el ascensor hasta la puerta de la calle, y vio a Colter cerca de la esquina. Avanzó con paso rápido, y a poco se reunía con él.

—Debo estar loco cuando me atrevo a hacerla venir hasta aquí. Garden es celoso, ¿verdad?

—Nunca me dio motivos para comprenderlo así.

—Pero se le nota bien pronto. La he hecho venir para proponerle algo muy bueno. La espero esta noche en el Yale Club, de la Avenida de Vanderbilt.

—Esta noche es imposible, Joe.

—¿Cuándo tendré el placer de cenar con usted?

—Dentro de tres días. Iré a reunirme con usted junto al Museo de Arte.

—¿Irás?

—Iré. Procure no gastarse todo el dinero.

—Me quedaré para pasar un rato agradable en su compañía. Tengo que hablarle de muchas cosas. ¿No podría verla mañana?

—Es imposible. Garden no me dejará salir.

—Está bien. No olvide el collar. Quiero verla con él.

—Lo llevaré.

Tres días más tarde, Bertha Clayton se reunía con Colter. Fue la noche en que Freeman los vio cruzar junto a él y ocupar una de las mesitas situadas en las cercanías de la pista de baile. La joven estaba más bella que nunca. Joe Colter se deshacía en galanteos para con ella, y a fe de él que lo sabía hacer como el galán más experimentado. Su traje de «*smoking*», su tipo de hombre perfectamente constituido, halagaban a la muchacha. Bailaron durante mucho tiempo.

En los días que habían pasado desde su entrevista con Garden, Colter llegó a la conclusión de que aquel sujeto era más listo de lo que él mismo juzgara en un principio. Smore y Barton lo habían espiado de noche y de día. Todos sus pasos fueron contados al jefe de la banda, y los más pequeños detalles no dejaron de ser advertidos por aquel par de granujas.

No dio motivos para despertar sospechas, y comenzó a temer que Jimmy hubiera podido adivinar en su personalidad algo intranquilizados. Él era un bandido como ellos, un ladrón de Joyas, aunque no un asesino. Esto último lo sería muy pronto. Quizá en la noche del día 30 de agosto.

Abandonaron el Yale Club detrás de Douglas Freeman.

Colter tomó del brazo a la muchacha, y juntos caminaron por la acera derecha de la calle Cuarenta y Tres Este, en dirección a la

Quinta Avenida. El tráfico de la capital, a aquellas altas horas de la noche, se hallaba casi paralizado. Las señales luminosas estaban apagadas, y algunos policías de tráfico vigilaban en los sectores encomendados a su servicio.

Junio a la esquina de la Quinta Avenida tomaron un taxi que los condujo hasta la entrada del Central Park. Allí descendieron y se internaron por uno de los caminos de peatones. Hablaban alegremente, cual si en su mente no cupiera la intranquilidad por lo venidero. Joe la invité a sentarse en uno de los bancos, y ella aceptó.

—Debo decirle algo importante, *miss* Clayton —indicó el pistolero—. Hace tres días que Barton y Smore me siguen. Puede que hasta nos hayan visto juntos esta noche.

—No le quepa duda. Los vi sentados en uno de los rincones del Yale Club.

¿Se fijaron en usted?

—No lo sé. Creo que debieron vernos entrar hacerlo detrás de nosotros.

—¿No teme que Garden lo sepa?

—Aún no soy su esposa.

—Pero es su prometida.

—A pesar de ello, no le temo. No he cometido ninguna falta grave que pueda echarme en cara. He venido con usted cómo podía haberlo hecho con Nolan o Smore.

—Veo que es una muchacha valiente. Ahora quiero hacerle algunas preguntas, a las que deseo me conteste con sinceridad. Sé de usted poca cosa. Únicamente lo que me habló en el tren que nos trajo desde Nueva Orleáns. Dígame, *miss* Clayton... ¿por qué no cambia de ambiente?

—¿Qué quiere decir?

—Yo le he cobrado un irán afecto, Bertha. Sé que es usted una buena chica y que sus sentimientos son nobles. La Justicia no tiene nada contra usted, excepto lo que puedan achacarle por la detención y secuestro de *míster* Bradley, cuya finalidad aún no la comprendo. Es usted bonita y posee un buen corazón. Su boda con Garden la perderá para siempre, porque ese hombre está condenado a la horca o a la silla eléctrica. Debe abandonar a Jimmy y abandonarnos a todos. Debe buscar un ambiente sano, libre de

peligros, digno de usted y de toda mujer que piensa constituir un hogar honrado y feliz. Cada vez que pienso que se ha prometido a Garden, a un bandido de su calaña, me entran deseos de hacer alguna tontería. Usted no puede querer a ese hombre, aunque me lo jure. Tiene que estar obcecada para obrar de esa manera y no comprender lo que significa para su libertad y su reputación. Esta noche he venido con el deseo exclusivo de hacerle cambiar de idea. Y tiene que hacerlo por encima de todo.

—Es tarde, Joe. Amo a Garden y me casaré con él.

—¿Está segura de que lo quiere?

—Sí; creo que lo quise siempre.

—¿No ama mejor su dinero y las joyas que ello pueda reportarle? Míreme y no esconda su rostro. Usted no dice la verdad y quiere engañar a un hombre que sabe leer en los ojos de una mujer. Es verdad que está enamorada, Bertha, muy enamorada, pero no de Jimmy Garden.

—¿De quién iba a estarlo, entonces?

—Puede que esa pregunta obtenga su respuesta cuando llegue el momento. Por ahora, límitese a hablarme de usted y a contarme por qué conoció a Garden y por qué consintió en darle su palabra de compromiso matrimonial. Sea sincera una vez en su vida y confíe en un hombre que la admira.

La joven parecía haber cambiado de repente. Aquellas palabras, pronunciadas con un ardor capaz tan sólo en un hombre de sentimientos puros, indicó a la muchacha que debía obedecer ciegamente. Levantó su rostro. En sus bellos ojos azules se advertían algunas, lágrimas que pugnaba por contener a duras penas.

Lleva razón, Joe. Debo ser sincera, aunque sólo lo sea por una vez. Vi a Garden un día en Nueva Orleáns. Trabé cierta amistad con él, y ello influyó en que se enamorara perdidamente de mí. Yo estaba en la miseria, sin parientes ni amigos que pudieran tenderme su mano y ayudarme. Me veía a punto de hundirme en el cieno, del que no podría salir nunca. El me trató cariñosamente y me habló de la encendida pasión de su alma. Me prometió cuanto yo pudiera desear en este mundo a cambio de que aceptara a seguirlo y darle mi palabra formal de matrimonio. No sabía quién era. Me dijo que trataba en asuntos de la industria del acero y que tenía grandes pedidos de armas para los Estados Unidos, lo que le obligaba a

trasladarse casi continuamente a las mayores ciudades de la Unión. Aquella perspectiva me entusiasmó, y creí poder ser dichosa algún día. Pero muy pronto la verdad se fue haciendo paso. Jimmy Garden me empleaba en algunos asuntos extraños, que no acertaba a comprender. Por último, lo adiviné todo.

—¿Cuál fue su reacción ante el engaño?

—Quise marcharme y abandonarle. Tenía pensamiento de irme a trabajar a cualquier parte y vivir honradamente, como siempre lo hice. Pero él me dijo que ya era imposible. La Policía tenía cuentas que ajustar conmigo, y él se encargaría de delatarme. Me vi amarrada a su lado, y así continuó, salvándome de sus constantes ataques para que decida, de una vez, la fecha de nuestra boda. Veo que ya es imposible aguardar más. Todo ese cariño que le he mencionado es mentira. No tenía más motivos para confiar en usted y debía ocultarle mis verdaderos pensamientos.

—No debe temer nada de mí. La ayudaré en todo lo que pueda y trataré de evitar esa boda.

—Usted no conoce a Jimmy. Le mataría.

—Recuerde que me llamó, delante de usted, «big-shot», y no se equivocó. ¿Por qué obró de aquella manera con míster Bradley?

—Seguía las órdenes de Garden. Discutí con él la mañana del sábado porque me negaba a obrar de una manera tan baja con un hombre a quien no amaba y al que no tenía interés en hacer daño. Salieron a la luz nuevas amenazas, más duras y terribles que las anteriores.

—Y entonces accedió. Pero ¿para qué quería a míster Bradley? ¿Quién pagaba su secuestro?

—Jimmy no me lo dijo nunca, aunque en sus conversaciones con Smore y Barton pude coger algunas palabras sueltas y construir parte de aquel «trabajo». Los agentes especiales del F. B. I.,

en su constante misión contra el sabotaje y el espionaje internacional dentro de los Estados Unidos, no terminaron su labor completa. Muchos equipos de espías extranjeros cayeron en sus manos y se evitaron con ello destrucciones de fábricas, instalaciones hidráulicas de energía eléctrica y puntos de comunicaciones de vital

importancia para el país. Quedaron residuos y a éstos fueron acumulándose otros. Mister Bradley llegó de Gran Bretaña acompañado de una fama bien ganada en sus experimentos sobre la energía atómica. Poseía informes y datos extraídos de sus investigaciones sobre los nuevos elementos aplicados a la bomba de hidrógeno y se le hacía escoltar por una pareja de agentes federales, para evitar cualquier acto contra su persona. Rusia necesitaba aquellos informes por encima de todo y pagaba a sus agentes con esplendidez. Jimmy Garden recibió en cierta ocasión la visita de un individuo llamado Ivan Rossosky, ruso nacionalizado norteamericano desde el año 1937, Ingeniero de una de las fábricas de aluminio de Detroit. Que yo sepa, nadie más vino a buscarlo. En cambio él envió en más de una ocasión a Smore o a Barton, indistintamente, sin que llegara hasta mí el resultado de las averiguaciones realizadas. De ello puede deducirse muchas cosas. No sólo roba y mata en su país, sino que lo traiciona al extranjero. Se me hizo repugnante y llegué a odiarlo, aunque para él sigo tan enamorada como unas semanas después de haberme encontrado abandonada.

—Esos informes son muy valiosos, amiga mía. La Policía rehabilitaría su nombre si tuviera valor de entregarse a ella y exponerle lo mismo que acaba de decirme.

—Eso es imposible. No me creería nunca.

—Está muy equivocada. El

F. B. I.,

hace eco de todo cuanto llega a sus manos, aunque sólo sea un miserable anónimo. Todo lo investiga y a todas partes llega el poder de sus hombres armados.

—Habla cual si los conociera y hubiese estado en el seno de su organización.

—No he tenido contacto con ellos en mi vida, pero he aprendido a respetarlos y a conocer sus medios. Usted tiene su salvación en la mano, Bertha. Sea valiente y luche contra todo. Yo le ayudaré.

—¿Usted? ¿Un ladrón a quien la Policía condenaría a trabajos forzados?

—Eso es: un ladrón que desea servirla y verla libre de todos estos casos desagradables. Le dije no hace mucho que no había matado nunca. Podrían juzgarme por ladrón y por otras cosas más,

menos por eso y por traidor a mi país... Ante todo soy americano y quiero a América como algo que está dentro de mi corazón y que no puede extirparse nunca. ¡Daría cualquier cosa por evitar a mi Patria el deshonor y la vergüenza!

—Usted la deshonor con su proceder, Joe. Vive fuera de la ley y lucha contra ella.

—Pero no vendo al enemigo lo que es vital para su defensa y el mantenimiento de sus libertades.

Existe algo en mí que quizá la haga cambiar de parecer muy pronto. Tal vez después comprenda hasta dónde llega el alcance de mis palabras. Ahora debemos concretar. Usted sabe dónde está mister Bradley y lo que se pretende de él. Ello puede ser útil para luchar contra Jimmy Garden.

—Lo tienen en una quinta situada al oeste de la Isla de los Gobernadores.

—¿Cuántos hombres lo guardan?

—No lo sé.

—De todos modos eso es lo de menos. Iremos a sacarlo de allí.

—Y, ¿qué piensa hacer con él?

—Cobrar para nosotros los cien mil dólares y huir de New York. No será necesario hacer daño a mister Bradley. Cuando ese Ivan Rossosky lo tenga entre sus manos, la Policía dará buena cuenta de él. A Jimmy Garden le espera una sorpresa muy pronto. Puede que ya la esté experimentando.

Las últimas palabras de Joe Colter hicieron que la joven se estremeciese. Lo miró fijamente, con un brillo extraño en sus retinas.

—¿Lo ha denunciado?

—No.

—¿Entonces?

—Le tenderemos una trampa. Espero que usted no se oponga a ello. No quisiera que el tiempo transcurriera, Bertha. Los días que vayan pasando aclararán tantas cosas, que puede que rompa mis más caras ilusiones. Esta noche salí con el propósito de hablarle claramente y exponerle muchas cosas que aún no se las he dicho. Para empezar reciba este pequeño anticipo.

Había colocado el brazo derecho por encima del banco y su mano se apoyaba en el hombro de la muchacha. No tuvo más que

atraerla hacia él y oprimirla entre sus brazos, para besarla con largueza.

Cuando la soltó, Bertha estaba jadeante. Por un momento no supo si llorar o reír, quedarse allí o marcharse. Le parecía airada aquella manera de proceder, aunque le halagara verse tratada así.

Sólo puede decirse que en aquel imponente silencio sonó una bofetada.

Joe Colter no se inmutó. Aquellas manos tan delicadas y suaves no podían causar daño. Sonrió y sus labios se movieron para decir:

—¡Me quiere! ¡Sólo con dudarlo la ofendería!



¡DIBUJOS ESTUPENDOS!

¡ARGUMENTOS EMOCIONANTES!

¡PRESENTACIÓN EXQUISITA!

Solo en

AVENTURAS DEL F. B. I

VII



L automóvil se detuvo ante la puerta del edificio donde Bertha Clayton vivía. Colter abandonó el volante, abrió la portezuela y la invitó a que bajara, tendiéndole la mano. Después la acompañó hasta el portal.

Parecía haberse disipado en ella los primeros efectos de, aquella impetuosa, manera de exponer sus sentimientos amorosos al hombre que la acompañaba. Se detuvo junto al umbral, y dijo:

—Nos veremos dentro de tres días. Exactamente el treinta de este mes.

—Y, ¿no podría ser antes de esa fecha?

—No es conveniente. Garden debe saber en este momento que hemos salido juntos y sospecharía de alguna inteligencia entre los dos. Debemos obrar con disimulo.

—¿Cree que seré capaz de esperar tanto tiempo sin verla?

—Debe hacerse fuerte y considerar las cosas como son.

—Aún tengo mucho que decirle. Lamento mi manera de comportarme y quiero ofrecerle mis excusas. Me gustaría tomar un «high balls» en este momento. ¿Me permite que la acompañe hasta su pisito?

—Si es eso lo que viene buscando, puede subir. Pero no permanecerá en él más de diez minutos.

—De acuerdo.

—¿Me da su palabra?

—No puedo negarme a ello.

La joven dio media vuelta y se encaminó hacia el ascensor. Joe abrió la puerta, le permitió el paso y ella tocó el botón correspondiente al piso número doce.

Una vez en él sacó una llave del bolsillo y abrió una puerta situada a la derecha del corredor, marcada con una letra. Colter la siguió después de haber cerrado tras sí y la vio detenerse repentinamente en el comedor. Le dio la sensación de advertir algo muy raro en su actitud. Llegó junto a ella y no pudo reprimir una exclamación de asombro.

Dos hombres estaban sentados en uno de los divanes y en su rostro aparecía una sonrisa burlona. Los reconoció al momento. Eran Barton y Lancaster.

—¡Buenas noches, amigos! —saludó el primero, levantándose cansadamente—. Ya veo que la velada ha resultado larga, ¿verdad?

—¿Qué significa esto? —estalló la muchacha—. ¿Cómo habéis entrado aquí, sin mi permiso?

—Imagínate lo más inverosímil. Pero si no quieres tomarte esta molestia, yo te aclararé la verdad de todo. Cuando Jimmy amuebló éste pisito para ti y te entregó su llave, lo hizo después de haber sacado una copia exacta de ella. De esta manera podía entrar y salir de tu domicilio con toda tranquilidad.

—Jimmy Garden puede venir cuando se le antoje, pero no sus subordinados. Acaba de una vez, Barton, ¿qué habéis venido a buscar aquí esta noche?

—El jefe os quiere ver inmediatamente.

—¿Qué desea de nosotros?

—Garden no acostumbra a decirnos sus pensamientos, máxime cuando éstos tienen estrecha relación con su prometida. Más he de

ser magnánimo en todo momento. Así me lo pidió y he de cumplir al pie de la letra sus mandatos. Un hombre nos siguió esta noche hasta el final de la avenida de Palisade. Pudimos escondernos a tiempo sin que acertara a dar con el lugar donde estábamos. Creímos que se iría, pero lejos de volver por el mismo camino que había llevado, indagó cuánto estuvo a su alcance y no tuvimos más remedio que detenerlo. Está herido de bala. Su documentación era falsa, pero Jimmy Garden descubrió bien pronto su verdadera personalidad. Es un

«G-Man»,
un agente especial del
F. B. I.

Una persona desconocida se encargó de darle una nota indicándole la conveniencia de seguimos si deseaba encontrar las huellas de míster Bradley. Vosotros estabais en el Yale Club.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que Garden sospecha de nosotros?

—Yo no he dicho eso ni él se atrevería a afirmarlo. Os llama porque comprende que los acontecimientos se están precipitando y es necesario obrar con rapidez. Si no tenéis nada que objetar en contra, os ruego que nos acompañéis.

—Y, ¿qué ocurrirá si nos negamos?

—Lancaster es testigo. Hice promesa a Jimmy de que os llevaría con nosotros. Mejor será que todo se haga de buena manera y no tengamos que echar mano a la violencia. Tú eres una muchacha rara, Bertha. Pero estoy seguro de que Joe Colter accederá a nuestro «ruego», porque ve en él una razón poderosa. Pertenecéis a la banda de Garden y debéis obedecer sus órdenes sin protestas. Cuando gustéis, partiremos.

—Subí con el deseo de tomar un «*whisky*» con soda y no me iré sin haberlo hecho —respondió Colter sonriente—. Espero que vosotros también me acompañéis.

Se dirigió hacia el armario-bar, pero la voz de Lancaster lo detuvo:

—No tienes tiempo para eso. Garden quiere que sus hombres tengan la cabeza despejada cuando trata con ellos.

Joe comprendió que algo grave ocurría. Le extrañaba la manera de proceder de aquellos dos sujetos, brazo derecho del jefe de aquel «gang» de asesinos. Miró sonriente a Bertha, quizá con ánimos de

darle valor y aplomo, y dijo:

—Cuando gustéis.

Los dos «gangsters» echaron a andar detrás de ellos y a poco descendían hasta el lugar en que se hallaba la cabina telefónica, junto al hueco del ascensor. Barton penetró en ella unos minutos. Hizo una llamada, habló breves palabras y después indicó a los dos jóvenes el mismo coche que los había llevado hasta la puerta.

—Tengo entendido que eres un magnífico conductor, Joe. ¿Quieres hacernos el honor...?

—No faltaba más.

El motor se puso en movimiento y avanzó a buena marcha por la amplia calzada. Bertha no despegó los labios en todo el tiempo que duró aquella carrera, sentada entre los dos pistoleros.

En la mente de Colter bullían las ideas atropelladamente. No comprendía por qué Garden los llamaba con tanta insistencia y adivinaba en todo ello algo que desde hacía mucho tiempo le parecía inevitable. Miró su reloj de pulsera. Eran las tres y media de la madrugada.

Intentó tomar por la avenida de Fort Lee, pero Barton le indicó que lo hiciera por Henry Hudson Drive y la Avenida de Palisade. Obedeció y media hora más tarde se detenían ante el domicilio ocupado por Jimmy y parte de sus hombres.

Garden los recibió en el mismo salón en que por primera vez lo viera el «novato» de la cuadrilla. Martin, Nolan y Smore le hacían compañía.

Abandonó su asiento al verlos entrar y salió a su encuentro. En su rostro no se advertía ninguna señal de ira. Bertha se aproximó a él y trató de echar sus brazos al cuello del bandido, pero éste la rechazó, diciendo:

—Perdóname, cariño. Tengo cosas importantes que deciros.

Miss Clayton mostró cierto enojo que no sentía. Joe avanzó algunos pasos. Estaba un poco nervioso aunque nunca acostumbraba a perder la serenidad, aun en los momentos más difíciles de su vida.

—¿Qué querías de mí, Clayton? Recuerdo que no debía presentarme aquí hasta el día de mi debut.

—Los acontecimientos se imponen muchas veces, Colter. Tienes una misión importante que cumplir esta madrugada. Barton y

Lancaster detuvieron a un agente especial del F. B. I., después de hacer fuego contra él. Es ne...

—Lo sabemos todo. Barton nos anticipó la noticia.

—Estaba autorizado para ello. Nos interesa hacerlo desaparecer. Nolan y Lancaster irán contigo hasta la quinta donde míster Bradley está encerrado. Si llevas a cabo esa misión, contarás en adelante con mi confianza.

—¿Qué debo hacer?

—Vive todavía. Nos interesaba mantenerlo con vida hasta que tú pudieras llevártelo de aquí. Creo que tiene fuerzas suficientes para mantenerse sentado en el baquet de un automóvil. Yo temaré un coche y me anticiparé a vosotros. Rossosky irá a recoger a Bradley y abonará los cien mil dólares estipulados.

—Y ¿qué pasará después?

—¿Qué es lo que te imaginas tú?

—Que piensas abandonar la empresa concertada para el día treinta de este mes y que te conformas con ese dinero. Es extraño que un hombre como tú cambie tan rápidamente de parecer.

—Es una opinión muy acertada. Comprenda tu interés por llevar a cabo ese trabajo.

—Necesito ganar dinero, Garden. No puedo conformarme con la parte que puedas ofrecirme de ese negocio antiguo. Además los muchachos no se sentirán caritativos conmigo. Tú tampoco eres de los que se desprende de dinero para dárselo a un don nadie que aún no ha demostrado sus aptitudes. Yo no tengo derecho a cobrar por el asunto de Bradley.

—No obstante serás el que más gane. Liquidará a ese «G-Man» y tendrás tu parte como todos.

—Pero para matar a un herido no es necesario que sean tres hombres los que lo escolten. Si necesitas a Nolan y a Lancaster para otro negocio, puedes evitarte la molestia de obligarlos a que me acompañen.

Garden abrió los labios y dejó vagar por ellos una risita burlona. Se pasó la mano por la barba y respondió, intencionadamente:

—Conocía cuál iba a ser tu respuesta. Ya sabemos que eres un muchacho valiente y que te bastas y te sobras para liquidar a ese

sujeto. Pero muchas veces no suele ocurrir lo que se piensa, y todo sale al revés de cómo está planeado. Dime: ¿puedes evitar que salte desde su asiento contra ti, doble la dirección del coche y os estrelléis los dos? ¿Y si le da gana de huir en un momento dado o grita al pasar junto a algún agente de la ley? Lancaster y Nolan pueden evitar todo esto. Además en ellos tengo más confianza que en ti. No debes disgustarte por esta manera de expresar mis pensamientos, porque debes comprender que ellos son antiguos en mi banda y tú acabas de llegar. Son las cuatro en punto de la madrugada. Tenéis hora y media de plazo antes de que llegue el día, y en ese tiempo todo debe quedar arreglado. Os aguardaré en la quinta que sirve de cárcel a mister Bradley.

Se volvió hacia el resto de sus secuaces.

—Llevad al herido por la parte trasera de la casa e instalarlo en el coche —ordenó—. Los demás deben permanecer aquí. Barton se encargará de hacer los preparativos para abandonar este lugar.

Luego tomó a Bertha por el brazo, y murmuró alegremente:

—Mañana será el día más feliz de mi vida, querida. Todo peligro quedará cortado esta madrugada y podremos huir de Nueva York.

—¿Marcharnos de aquí?

—¿No te gusta la idea?

—¡Oh, sí; no sabes cuánto lo he deseado!

—He recibido una oferta de México. alguna vez he debido de hablarte de un buen amigo mío establecido en aquella, capital. También se fue de Nueva York en las mismas condiciones que nosotros vamos a hacerlo. Lleva un negocio importante de coches y maquinarias, con cuyas marcas surte a casi todas las Repúblicas de Centroamérica. Me promete un lugar importante en la dirección de su empresa y no es cuestión de abandonar la idea de hacernos ricos «honradamente». Sé que me amas, Bertha, y quiero pagarte cómo te mereces la fidelidad que me has demostrado. Ya ves que no te critico el que hayas ido con Joe Colter al Yale Club ni que hayas bailado con él. Comprendo que eres una chiquilla y que te gusta divertirse y figurar entre las damas más sobresalientes de la sociedad neoyorquina. Lamento no haber podido dedicarte más tiempo, pero sé que eres buena y comprensiva. ¿Qué te gustaría que te regalara?

—No sé en este momento qué puedo desear con más ardor que

la felicidad que me ofreces. Jimmy. Tú me has proporcionado joyas y dinero. ¿Qué otra cosa puedo pedir, si no es anhelar ser tu esposa? Recuerda que te di mi palabra de matrimonio y que no puedo negarme a ella aunque lo deseara. Te amo, es verdad, y no podría querer a otro hombre más que a ti.

En el rostro de Garden se iba fijando una huella indeleble de maldad. Sus ojos chispeaban. Tal vez Bertha Clayton estuviera pensando que aquel cambio repentino en su fisonomía, obedecía al placer de escuchar sus palabras.

Garden volvió la cabeza. El último de sus hombres acababa de desaparecer por una puerta del fondo del salón. Estaban solos y nadie podía espiar ni lo que hablaran ni lo que hiciera.

Tomó una de las manos de la muchacha, y dijo con voz que quiso hacer dulce y amable:

—¡Oh Bertha! ¡Eres para mí lo más hermoso de este mundo! ¡Cuánto te agradezco lo que has dicho! Pero dime... ¿a cuántos hombres dijiste esas mismas palabras cariñosas?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir, Jimmy Garden? —exclamó.

—Cuando un hombre llega a enamorarse como yo lo estoy de ti, comete ciertas impertinencias imperdonables. Sé hace exigente y hasta celoso. Comprendo que no debiera hacerte esa pregunta, pero quisiera que dieras a ella una respuesta concreta. Necesito saber que he sido el único que ha escuchado de tus labios esa confesión.

—No tuve ocasión de enamorarme de otro hombre.

—¿Serías capaz de jurarlo?

—¿Por qué he de hacerlo?

—Porque es necesario para borrar mis dudas. He visto de qué manera te miraba Colter y con qué arrobamiento correspondías a esa visible muestra de afecto.

—Si es por eso, ten la seguridad de que te quiero a ti solo. ¡Te lo juro, Jimmy! No podría querer a otro hombre aunque me lo propusiera. Tendría siempre presente tus palabras y tu buen comportamiento conmigo. Me remordería la conciencia cada vez que mirara mi pasado y llegara a la conclusión de que todo lo que soy a ti sólo te lo debo. No pienses mal de mí y quíereme mucho. Yo te quiero con toda mi alma y estoy dispuesta a demostrártelo casándome contigo.

Una estruendosa carcajada fué la respuesta.

El rostro del criminal parecía demudado. Sus labios reían y de su garganta brotaba un ronquido agudo, penetrante. Tenía los ojos inyectados de sangre y sus manos se crispaban con un movimiento enérgico. Todo su cuerpo parecía conmoverse con la terrible tensión de sus nervios.

Bertha retrocedió algunos pasos aterrorizada.

—¡Amor, amor, amor! —gritó el bandido, rechinando los dientes—. Eso es lo que prometéis las mujeres y el arma que empleáis para dominarnos y burlaros de nosotros. Bertha Clayton, eres mala de nacimiento. Debí haberme dado cuenta de ello hace mucho tiempo, pero estaba ciego, dominado por una pasión que acaba de convertirse en odio. ¡Maldita seas tú y el día en que te vi por primera vez en Nueva Orleáns!

Estaba ciego por la ira. Sus labios ya no sonreían y la expresión de su semblante daba miedo. Avanzó algunos pasos y su mano derecha describió un movimiento brusco. Sonó el seco golpe de una bofetada y la joven rodó por el suelo lanzando un grito de dolor.

El la levantó bruscamente, arrastrándola hasta la mesa cercana. Allí la obligó a sentarse.

Bertha lloraba desconsoladamente. Los dedos de la mano del jefe del «gang» habían quedado marcados en su mejilla izquierda como una marca de fuego.

—¡Traidora! —rugió con voz de trueno—. ¡Habías pensado engañarme con tus palabras amorosas, sin comprender que Jimmy Garden es más listo que todos vosotros! Mis hombres te descubrieron cuando eras besada en el Central Park por Joe Colter. Bien pronto olvidaste que estabas prometida y que me debías tu bienestar. Pero no volverá a suceder. Joe Colter no repetirá otra vez esa caricia, porque no le quedarán alientos para hacerlo.

Volvió a lanzar una risotada soez.

Miss Clayton levantó la cabeza. El llanto había cesado y en su lugar aparecía el despecho y la ira retratados en su bello rostro. Todo cuanto pudiera esperar de aquel hombre perverso sabía leerlo en sus facciones alteradas. Ya no era el amor lo que hacía que sus ojos brillaran de aquella manera. Era el odio y la sed de venganza.

Sus frases anteriores, respecto a Joe Colter, encerraban una sentencia de muerte. Nolan y Lancaster debían llevar órdenes

severas contra aquel valiente muchacho y quizá dentro de pocos minutos su cuerpo se derrumbaría acribillado a balazos. Pero ¿por qué lo matarían? ¿Iban a deshacerse de él por sólo haberlo sorprendido besándola? Debía existir otra razón más poderosa.

En medio de aquel torbellino de ideas terribles, Bertha Clayton se olvidó de sí misma. Tenía que recurrir a cualquier medio para evitar un crimen semejante, enfrentándose, si era necesario, al hombre que la contemplaba de la misma manera que el tigre acecha la proximidad de la pieza. Se irguió valientemente.

—¿Por qué quieres matar a Colter? —preguntó con voz ronca—. ¿Qué daño te hizo, aparte de haberme besado?

—Ya que quieres saberlo, te lo diré. Me pareció muy casual vuestro encuentro en el tren. Sospeché desde el primer momento que detrás del nombre de Joe Colter podía esconderse un enemigo e indagué cuánto fue necesario. Esta noche he recibido las pruebas concluyentes.

Buscó en uno de los bolsillos de su americana y sacó de él un trozo de papel.

Lo arrojó a la muchacha, y siguió diciendo:

—Lee ese escrito.

Bertha lo tomó.

—Es el recibo que firmó en caja por el importe del dinero que recibió para que se divertiera y se comprara otra indumentaria. ¿Qué quiere decir todo esto?

—Ahora examina ese otro y comprueba la letra. El segundo fue hallado en uno de los bolsillos del gabán del agente especial detenido esta noche por Barton y Lancaster. Desconozco la verdadera personalidad de Colter, pero puedo decirte que es un policía. El

F. B. I.,

nos sigue de cerca. Puede que aparezca de un momento a otro por esa puerta y acabe con nosotros. Pero antes haré que toda tu vida recuerdes esa traición. Habla, Bertha Clayton. ¿Qué te dijo él y qué le contaste de nosotros? ¿Cuáles eran sus planes?

—No sé nada, aparte de lo que acabas de contarme. Si Colter es un agente de la ley, bien guardado ha tenido su secreto.

—¡Mientes!

—No ganaría nada con mentir, ¿entiendes? ¿Acaso crees que me

escaparía del castigo que merezco? Soy cómplice de ti y de tus hombres y no puede caberme otra suerte que la vuestra. Daría cualquier cosa por verlo morir. Un traidor como él merece la peor de las muertes. Has sido demasiado suave con ese hombre, por no haberle echado en cara su traición y haberlo matado por tu propia mano. Jimmy, te ruego que me perdones. Aquello fue debido a una pequeña debilidad. Yo te sigo amando como siempre y lamento no poder arrancar de mis labios aquel beso que me robó en un momento de descuido. Llévame a su lado y te demostraré cuánto le odio.

Jimmy Garden no acertaba a comprender a aquella hermosa mujer. Estaba más bella y seductora que nunca. Sus cabellos dorados le caían sobre los hombros y sus ojos azules brillaban como ascuas. Titubeó unos segundos. Luego se fue aproximando y su brazo derecho rodeó el talle de ella, besándola furiosamente.

Bertha no se opuso a la brutal caricia. Sentía que toda su fuerza de voluntad estaba a punto de derrumbarse y comprendía que un desfallecimiento podría complicar gravemente el resultado de los acontecimientos. Su mano rozó la sobaquera de Garden y tocó la culata de la «German Luger». Sintió enormes deseos de apoderarse de ella y matar a aquella alimaña, pero no tuvo fuerza ni valor para hacerlo. Podía calcular mal las cosas, fallar y, entonces...

Garden la soltó. Parecía otro hombre muy distinto en aquel momento.

—Ponte el abrigo —ordenó.

—¿Dónde quieres llevarme?

—Vamos a la Isla de los Gobernadores.

Obedeció sin añadir una frase más. Durante el trayecto que los separaba del lugar citado, podría ocurrírsele alguna idea que le diera la libertad. Sabía leído en los ojos de Garden un deseo siniestro. No volvería a dejarla ir de su lado y la sometería en adelante a sus caprichos. Tal vez en aquella isla encontrara la muerte o la felicidad.



NIÑO:

Ahora estas a tiempo de coleccionar

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡MAGNÍFICOS Y VALIOSOS REGALOS!

VIII



O tardó el

F. B. I.,

en tener conocimiento de lo acaecido a su agente especial Douglas Freeman. Los policías encargados de vigilar y apoyar a Freeman en su difícil misión, comunicaron urgentemente con el inspector de Estado Mayor, quien a su vez, transmitió órdenes a los agentes bajo su mando y a la Policía federal de Nueva York. Los trabajos que se llevaron a cabo resultaron estériles en un principio. Las investigaciones a lo largo de la avenida de Palisade, Lafayette y Tenaflly no aportaron datos suficientes que permitiera a la Policía localizar urgentemente el refugio de los bandidos. En un círculo de media milla de diámetro, el inspector de Estado Mayor hizo que sus hombres se movieran. Nadie podía escapar a la vigilancia de los agentes y de esta manera se esperaba lograr la finalidad que los

había llevado hasta allí.

Pero las horas transcurrieron inútilmente.

Sólo los dos agentes que siguieron a Freeman pudieron descubrir un automóvil negro que abandonaba las inmediaciones de la Avenida de Englewood y se dirigía hacia el Camino de la Queen Anne, para tomar más tarde el de Fort Lee hacia el puente de Washington. Esto ocurrió media hora antes de que los agentes de la Policía Federal pusieran cerco a las manzanas de casas encerradas en los cruces de las Avenidas de Palisade, Lafayette, Tenaflly y Englewood.

El coche atravesó Manhattan de Oeste a Este dirigiéndose hacia el sur por el Boulevard de Bruckner y Franklyn Roosevelt Drive. Cruzó el Puente de Brooklyn, tomó la calle de Henry y dobló a la derecha por la Avenida de Hamilton, deteniéndose a pocos metros de los embarcaderos situados en la proximidad de la indicada avenida, frente a la Isla de los Gobernadores.

Tres hombres bajaron de él, llevando entre ellos el cuerpo inanimado de otro. El que parecía llevar el mando del pequeño grupo se aproximó hasta las húmedas escalinatas del embarcadero e hizo una señal convenida. Se oyó el ruido característico del motor de una embarcación, y una lancha motora destacó sobre las aguas iluminadas por la luz de los faroles eléctricos. De ella descendieron dos individuos que salieron al encuentro de los recién llegados. Entre todos trasladaron al que parecía herido dentro de la embarcación y luego fueron ocupando un puesto a ambas bordas de la misma.

Poco después se alejaban a buena marcha.

Los dos agentes permanecieron inmóviles, indecisos.

—Yo los seguiré —indicó uno de ellos—. Tú avisa al inspector y apréndale para que envíe refuerzos urgentemente.

—Es una locura lo que intentas, Dan. No sabemos cuántos individuos forman la banda de Garden y pueden matarte.

—En nuestra profesión todo es posible. ¿Qué importa la vida de uno de nosotros si se consigue la finalidad que perseguimos? Haz cuánto te he dicho. Esperaré todo el tiempo que sea necesaria hasta que vengáis. No atacaré a la banda mientras no tenga motivos para hacerlo. Ese hombre que hemos visto bajar del automóvil no puede ser otro que Douglas Freeman. Nadie sabe lo que pretenden hacer

con él, pero si no me equivoca. Freeman tiene contados los minutos de vida.

El agente no respondió. Dio media vuelta y echó a correr hacia el lugar donde había dejado el coche de la Policía, mientras Dan se acercaba cautelosamente al automóvil. Abrió las portezuelas y examinó el interior.

Todo parecía en orden. Nada anormal indicaba que hubiera habido lucha y esto le demostró hasta qué punto podía alcanzar la gravedad de las heridas de Douglas. De haber tenido fuerzas para defenderse, el agente especial lo habría hecho.

Iba a retirarse hacia el embarcadero, cuando reparó en una fina tira de papel adherida a la barra del volante. Para otro hombre menos acostumbrado a detalles tan pequeños, quizá hubiese pasado desapercibido. Pero los

«G-Men»

u «hombres armados del

F. B. I.»

están capacitados para todo. Para quienes los hubieran contemplado en acción, ante el escenario de un crimen, doblándose sobre el suelo y sacando de la cartera —que podría confundirse fácilmente con un hombre de negocios o un banquero— un sobrecito y una brocha para recoger con infinita paciencia y acabada meticulosidad unos granitos de polvo o unos restos de barro que pudieron haber quedado allí —y no juntos, sino cada cosa en su sobrecito—, la primera impresión recibida hubiera sido probable que fuera un poco extraña. No es así como estamos acostumbrados a imaginarnos el personaje de una novela detectivesca, cuya primera acción obligada en semejante caso parece ser la de demostrar cierta estudiada superioridad al sacar tranquilamente del bolsillo el tabaco y ponerse a llenar la pipa sujeta entre los dientes.

La capacidad de un hombre del

F. B. I.

es perfecta. No todos pueden desarrollar una inteligencia capaz de adentrarse en los asuntos más embarullados y misteriosos, donde una insignificancia cualquiera puede dar motivo a la consecución de una pista que dé origen al esclarecimiento de un hecho delictivo. El tipo tradicional del agente de policía o el detective con gafas ahumadas, patillas postizas, pipa e impermeable ha sido sustituido,

por lo menos en lo que concierne a los agentes especiales del F. B. I.,

por el joven de buena presencia, elegantemente vestido, con sombrero de fieltro ligeramente inclinado, y que, siempre que tiene ocasión, cambia de traje, camisa y corbata, así como calzado, una o dos veces al día. Es un agente especial, que no se parece en nada al personaje de una obra detectivesca y cuya labor pocas veces tiene lo espectacular como atributo. Se parece más bien a la de un hombre de laboratorio quemándose las cejas durante horas y años, pegado al lente de un microscopio; una tarea metódica, sistemática, sumamente aburrida con frecuencia, y que lleva como instrumentos básicos de trabajo, la pluma estilográfica, la lupa y la cámara especial para la obtención de impresiones fotográficas de las huellas dactilares.

Éstos son los agentes del F. B. I.,

uniendo a su completa preparación técnica modelos de cortesía, buena educación y modales distinguidos.

No es fácil que para ellos pudiera escapar el más insignificante detalle. La prueba la están dando día y noche, a todas horas, en todos los asuntos relacionados con la criminalidad. Demostraron sus conocimientos adquiridos en Quantico, con ocasión de la lucha contra el espionaje.

No diremos que Dan Taylor fuera uno de los más avispados ni de los más torpes: diremos solamente que era un agente especial.

Tomó la tira de panel del volante del coche y encendió su linterna sorda. Pudo descubrir algunos signos en clave, que fue descifrando metódicamente, aparte del nombre propio correspondiente a míster Bradley. No era la letra de Freeman. El hombre que había llevado a cabo aquella unión de signos característicos conocía perfectamente infinidad de claves, utilizadas dentro y fuera de los Estados Unidos. ¿Quién podía ser? Las palabras eran cortas, pero precisas. Iba hacia la muerte, y con él, el agente especial encargado de localizar a Jimmy Garden.

Guardó la tira de papel en la cartera y se aproximó al embarcadero. Varias lanchas motoras se alineaban cerca de las escalinatas, y algunas de ellas estaban ocupadas por marineros.

Llamó al que estaba más cerca. El hombre se incorporó

pesadamente y utilizó un fuerte remo, para acercarla más al primer peldaño. Dan lo examinó de un golpe de vista. Era un viejo lobo de mar, de unos cincuenta años, tipo raro y extravagante, de barba rojiza y cabellos hirsutos.

Llevaba una mugrienta pipa de cerezo entre los dientes, que no se quitó para preguntar:

—¿Qué desea?

—Diez dólares si me lleva cuanto antes a la isla.

—No es hora de trabajo, amigo. ¿Qué quiere hacer en ese lugar?

—No pregunte y ponga precio a su trabajo. Es urgente mi misión, ¿entiende?

—Lo lamento de veras, pero no podré llevarlo.

—En ese caso, le haré comparecer ante la Comisaría de vigilancia del puerto. Soy un agente de la ley.

El rostro del marinero cambió Arrugó el entrecejo, carraspeó con fuerza y murmuró entre dientes:

«Podía haberse dirigido a otro este pelmazo».

Luego elevó la voz:

—Le cuesta veinte dólares. Suba cuando quiera.

De un salto, Dan penetró en la motora, que estuvo a punto de zozobrar, y arrancó de la garganta de su dueño una cadena de maldiciones sordas. Hábilmente, el marinero puso en marcha el motor, maniobró de derecha a izquierda y acabó por poner proa a la isla de los Gobernadores, mediante un movimiento brusco del timón.

La lancha navegó a gran velocidad. A medida que quedaba detrás de ellos el embarcadero y se aproximaban a la isla, Dan Taylor iba dando vuelta a sus múltiples pensamientos. Habían transcurrido más de diez minutos desde que la otra motora se perdiera en la distancia, bajo la espesa niebla de la madrugada, y temía por la vida de Freeman y la de aquel hombre providencial que le avisaba de un inminente peligro.

Vió a la derecha otra embarcación que parecía se dirigía a la isla. Estaba a más de quince nudos de distancia y llegaría con anticipación a la que él ocupaba. El marinero seguía imperturbable en su puesto, las manos gruesas y firmes apoyadas en el timón y la vista clavada en el horizonte.

Dan introdujo la mano derecha en la sobaquera y sacó la pistola.

Era una «Browning». Cambió el cargador por otro completo de balas y volvió a colocarla en su sitio primitivo. Estaba preparado para todo.

A medida que el tiempo transcurría, Colter se iba dando cuenta de que algo extraño pasaba en el seno de la banda. Lancaster y Nolan habían viajado detrás todo el trayecto que los separaba de la avenida de Palisade con el puerto, dejando que el herido apoyara la cabeza en uno de los rincones del automóvil. Ni una palabra se cruzó entre ellos.

Sus pensamientos fueron una realidad cuando vió a través del espejo, colocado por encima del parabrisas, el movimiento de Lancaster al sacar la «German Luger» y examinar su contenido. Se dio cuenta de que ninguno de los dos le quitaban la vista de encima, adivinando sus movimientos, antes de que los efectuara. Podía decirse que ponían más atención en él que en el herido, Douglas Freeman seguía inconsciente. Los hombres de Garden habían tenido la delicadeza de restañar sus heridas y evitar que la sangre siguiera brotando de ellas, pero había perdido mucha y su estado era cada vez más crítico. Llevaba orden de rematarlo. Lancaster y Nolan serían los testigos oculares de aquella felonía, que podía darle el paso definitivo al seno de la organización de Jimmy Garden, condenándose para siempre con la Justicia. No creyó en una rehabilitación con Garden y sus hombres. Aquel astuto personaje debía haber concertado el asesinato de Freeman y el suyo.

¿Habría descubierto algo en él, para inducirle a asesinarlo? Estaba seguro de que ninguno sabía una palabra de él. Ni siquiera la deliciosa y dulce Bertha estaba en el secreto. Debía tener mucho cuidado y aprovechar la primera oportunidad que se le presentara.

No encontró ninguna cuando se trasladaron a la embarcación. Pegado en la barra del volante había dejado un trozo de papel diminuto, que podía ser de mucha utilidad si los agentes que seguían a Freeman a todas partes llegaban a encontrarlo. Con esta creencia siguió adelante.

Tres cuartos de hora después atracaban en el embarcadero de la isla de los Gobernadores. Un automóvil los esperaba en el camino y éste se encargó de conducirlos al lugar más apartado de la isla. Descendieron del coche. Nolan se hizo cargo del herido y le obligó a avanzar penosamente, mientras Lancaster se situaba a la derecha de

Colter y juntos penetraban en la vieja casona.

Tenía un aspecto siniestro. Un olor a humedad llegó hasta el fino olfato de Joe. El interior estaba pobremente amueblado. Veíanse algunos camastros colocados en los rincones y una vieja mesa de madera, desvencijada por el peso de los años.

Dos hombres salieron a su encuentro. Uno de ellos recordaba Colter haberlo visto la noche de su presentación a la banda, en el domicilio de Jimmy.

Les dio la bienvenida, y dijo:

—Os estábamos esperando. ¿Viene Garden con vosotros?

—Vendrá dentro de unos minutos. ¿Qué sabéis de Rossosky?

—Está aquí.

—¿Solo?

—Tienes preguntas sin fundamento, Lancaster. ¿Cómo quieres que venga solo, cuando lleva en su cartera un cheque por valor de cien mil dólares? Le acompañan tres individuos más. Los he llevado para que vieran a Bradley y han conversado con él unos minutos.

—¿Qué ha dicho?

—Está conforme con el trabajo. Bradley tiene para ellos más valor que los informes que fueron a buscar a New Orleans hace un par de semanas. Esperan a Garden para cerrar el trato.

Miró insistentemente a Colter y acabó por decir:

—Es el nuevo miembro, ¿verdad?

—Sí; es Joe Colter, de New Orleans.

—He oído hablar de él a los muchachos. Aseguran que es un tirador especializado y un fino ladrón de joyas.

—Es algo más que todo eso. Creo que Garden podrá hablarte de él con más detalles.

Echó a andar hacia el centro de la sala, para volverse y observar en el semblante de Joe el efecto de sus palabras. Para él, no admitía ninguna duda. Estaba cogido en una trampa, de la que no podría salir con vida. Aquellos granujas sabían más de la cuenta.

Siguió haciéndose el desentendido y tomó asiento junto a la mesa, sacando del bolsillo un resto de periódico. Lo examinó, observando a hurtadillas a los tres hombres.

Pasó algún tiempo sin que entre él y sus compañeros se cruzara una palabra. Esperaba recibir la orden de sacrificar a Freeman, pero ésta no llegó a producirse. No se había oído ninguna detonación y

esto le dio esperanza de que el agente especial no hubiera muerto.

Algo después, la puerta se abrió y entró Nolan con Douglas, seguidos de un hombre y una mujer. Reconoció a Bertha Clayton. Detrás de ella estaba Jimmy Garden, mostrando en sus facciones cetrinas el brillo extraño de una sonrisa macabra.



AVENTURAS DEL F. B. I.

¡NO TIENEN RIVAL!

¿POR QUE? PORQUE LAS DEFIENDEN

Jack, agente del F. B. I.; **Bill Boy**, un muchacho como hay pocos, y **Sam**, el hombre de la risa.

IX



E incorporó del asiento. Lancaster, Nolan, Barton y el resto de los «gangsters» rodearon a Garden y la muchacha. El ruso y sus tres compañeros habían permanecido sentados al amor de lumbre y ni siquiera se movieron. Fue Lancaster quien llamó la atención a éstos.

Jimmy le Invitó a sentarse ante la mesa y comenzó diciendo:

—Mantengo en firme la propuesta, míster Rossosky. Míster Bradley y sus experimentos de la bomba atómica bien valen esos cien mil dólares. ¿Ha traído el dinero?

—Les será entregado un cheque por ese valor contra el National City Bank.

—No me agradó nunca cobrar de esa manera.

—Dentro de cuatro horas, los Bancos estarán abiertos. Puede

enviar a uno de sus hombres a retirarlo. No nos anima ningún deseo de engaño, puesto que sabe dónde encontrarnos, si quiere ahorrarse una denuncia a la Policía. Tenemos mucho más interés que ustedes en mantener el secreto de nuestra misión en los Estados Unidos.

—Está bien. Accedo con una condición.

—Dígala.

—No podrá abandonar la isla de los Gobernadores hasta dentro de media hora. Debemos hacerlo todos a un mismo tiempo.

—Y ¿en qué funda esa determinación?

—Tenemos un asunto pendiente por arreglar. No importa que sea testigo de ello. De esta manera, todos correremos la misma suerte y seremos más para defendernos en caso de que la Policía nos descubra.

—¿Qué asunto es ése?

—Está relacionado con un sujeto llamado Alan Dayton, cuyo nombre propio está oculto por un seudónimo bien escogido.

—¿Está aquí presente?

—Lo tiene usted a su derecha.

Rossosky miró en aquella dirección. Un hombre acababa de saltar hacia atrás y empuñaba rápidamente una pistola automática. Pero no llegó a hacer uso de ella. Lancaster se había situado a su espalda y apoyaba el cañón de la «German Luger» en su costado, al mismo tiempo que ordenaba:

—¡Suelta esa pistola, Colter! ¡Todavía no ha llegado el momento de enviarte al infierno!

Muchos de los presentes mostraron su estupefacción, y uno de los más afectados era *miss* Clayton. Garden sonreía malignamente. Joe Colter aparecía sereno y no daba muestra de temor, pese al difícil momento que atravesaba.

Barton le arrebató el arma, y Lancaster lo empujó hacia el lugar donde Jimmy permanecía inmóvil. En todos los rostros podía leerse una decisión unánime. No hubiera sido necesario preguntar a cada uno de ellos el castigo que iban a imponer al traidor.

—Una bonita jugarreta —siguió diciendo Garden—. Supongo que todos vosotros creeríais que se trataba de un «fenómeno» en la esfera del crimen, pero os diré que yo no me tragué el anzuelo. He vivido mucho tiempo en los bajos fondos de Nueva York y he aprendido a tratar y a analizar a muchos delincuentes. Os hablaré

de cómo conseguí el nombre verdadero de Colter y todo su historial policiaco. Empezaré por deciros que fue graduado en la Academia de Quantico hace pocos años y destinado en un servicio especial a Chicago. Terminó éste con un éxito resonante, que le valió el ser enviado nuevamente a Chicago y, por último, a Nueva Orleáns. Escribí a esta última ciudad solicitando amplios informes de él a cierta persona relacionada con la Policía. Los informes me fueron remitidos a un nombre supuesto, y los leí con placer, al comprobar que no me había engañado. Todo aquel asunto del robo del collar de perlas era un mito. Lo hizo así para engañar a *miss* Clayton, y que ella lo condujera al seno de nuestra banda. No quiero menospreciar su gran inteligencia. Bertha no dejó en Nueva Orleáns ninguna pista que pudiera indicar a la Policía que estaba en contacto con nosotros, pero Colter, o Dayton, como queramos llamarlo, fue lo suficientemente sagaz para adivinar que mi bella prometida estaba ligada al asunto del Virginia Boat Club, de Richmond. Siguió a Bertha hasta Nueva Orleáns, donde pensó despistar a la ley, y de allí regresó, en su compañía, hasta Nueva York. Fue muy astuto en las escenas del tren y en la manera con que relató el robo de ese precioso collar que luce *miss* Clayton. Pero os diré su procedencia. No ha sido robado ni pertenece a nadie más que a Dayton. Según tengo entendido, su madre lo lució el mismo día de su boda. Vale una verdadera fortuna y quiero que Bertha lo luzca cuando nos casemos.

Alan Dayton no había pestañeado durante el tiempo que duró la plática de Garden. Su imaginación se hallaba demasiado embotada para concretar una idea que le permitiera verse libre de aquellos asesinos. Veía en el rostro de Bertha Clayton la lástima que le inspiraba. También descubrió, a pocos pasos de distancia, el cuerpo inmóvil de Douglas Freeman. Lo miraba de una manera extraña. Su herida no parecía mortal, y su agotamiento era debido, principalmente, a la pérdida de sangre y al enorme cansancio de anteriores jornadas.

Garden se aproximó algunos pasos. La dureza de su rostro y el brillo de sus ojos le hicieron comprender que estaba al borde de una explosión de ira. Lo vió moverse lentamente para después levantar con furia el brazo derecho y estrellar su puño en el rostro. Sintió que toda la casa se le caía encima y rodó por el suelo como un

pelele.

Se incorporó poco a poco. La sangre brotaba de su nariz y de sus labios. La infame acción del «boss» de la cuadrilla le enfureció hasta el extremo de gritar con voz ronca:

—¡Eres un cobarde, Garden! ¡Creí que tenías más valor para tratar con tus enemigos, pero sólo demuestras ser un reptil inmundito!

Lamento que el tiempo no me permita demostrarte lo contrario —exclamó el bandido—. Sólo tengo tiempo de asistir a tu muerte.

Hizo una indicación a Lancaster, y éste levantó la pistola. Freeman se movió, inquieto, en el suelo, y trató de incorporarse. Bertha palideció hasta la raíz de los cabellos, mientras los restantes bandidos contemplaban la escena impasibles, con el placer retratado en sus rostros duros e imperturbables.

Pero *miss* Clayton se adelantó:

—¡Un momento! —gritó.

Garden se volvió, estupefacto. Miró severamente a la muchacha, pero ella volvió a exclamar, dando a su voz un acento de desprecio:

—Podéis matarlo cuando termine de decirle algo que no quisiera callar.

Dayton, o Colter, la miró sin comprender sus palabras. Bertha llegó hasta él y le abofeteó el rostro del agente sin piedad, imputándole:

—Nos engañaste a todos. Hasta te atreviste a besarme, en contra de mi voluntad, cuando mi odio hacia todos vosotros es eterno. Jimmy dudó de mí y creyó que yo podía querer a un policía, a un vulgar agente de esa ley que todos repudiamos. Eso te demostrará que te odio, que nunca sentí admiración por ti ni por las fábulas que me contaste. Creíste poder burlar al hombre más astuto de Nueva York, pero has caído en tu propia trampa.

A medida que lanzaba aquellas palabras, fiel reflejo de una ira y de un odio a duras penas contenido, *miss* Clayton se fue aproximando al agente especial. A su derecha estaba Lancaster, con la pistola en la mano y una sonrisa cruel en los labios.

Súbitamente, Bertha saltó hacia él. Su mano le arrebató la pistola con un movimiento rápido, y ésta fue a caer a los pies de Alan Dayton. Rápido, la empuñó; su dedo índice oprimió el gatillo repetidas veces y tres de los hombres que se hallaban al lado de

Garden rodaron por el suelo, mortalmente heridos.

—¡Ah traidora! —gritó Jimmy, saltando hacia atrás y tratando de parapetarse detrás de la mesa.

Pero no tuvo tiempo de hacerlo. Dos balazos le atravesaron el hombro derecho, y cayó de rodillas. Lancaster recibió un par de onzas de plomo entre los ojos y cayó de bruces, arrojando por las heridas un chorro de sangre.

Alan Dayton se había inclinado hacia adelante. Tenía la mano apoyada en la cadera derecha y dominaba la situación valientemente. Pero comprendía que no duraría mucho tiempo su primera victoria, conseguida en un momento de sorpresa.

Entonces retrocedió, escudando con su cuerpo al de la muchacha, y disparó contra la lámpara que iluminaba la estancia. Después se arrojó al suelo. Algunas balas silbaron por encima de su cabeza. La voz ronca de Garden seguía escuchándose a cada momento, dando órdenes o lanzando maldiciones contra el policía. El ruso y sus acompañantes se habían retirado hacia la puerta. Media docena de pistolas apuntaban hacia ella. Cuando fue abierta sonó la descarga.

Garden y sus «gangsters» debieron de creer que Dayton y la muchacha intentaban salir por aquel lugar, y no titubearon en hacer fuego.

Rossosky fue el primero en caer acribillado. Detrás de él siguieron la misma suerte sus ayudantes.

Tanteando las paredes, consiguió llegar Alan a una de las ventanas bajas del edificio, desprovista de reja. Estaba abierta, y el fresco de la madrugada penetraba por ella.

Barton salió al exterior. Creyó ver en la bajada de la cuesta cercana algunas sombras que se acercaban cautelosamente, y penetró de un salto en la vivienda.

—¡Pronto! —gritó—. ¡La Policía se acerca!

Garden fue el primero en salir. Pero tropezó con el cuerpo de Rossosky y cayó al suelo. Instintivamente, sus manos buscaron con afán entre las ropas del muerto, y pronto retiró de la cartera el cheque por

100 000

dólares contra el National City Bank.

Ya no se preocupó de Bertha ni de su mortal enemigo. Corrió

entre los árboles en dirección al embarcadero y se detuvo junto a la lancha motora. Nolan, Barton y Smore, llegaron tras él. El «boss» de la cuadrilla fue el primero en saltar al interior de la embarcación.

Los otros intentaron seguirlo, pero unas sombras aparecieron detrás de unos arbustos y una voz vibrante y enérgica, ordenó:

—¡Deteneos o sois hombres muertos!

Barton había saltado al lado de su jefe. Nolan y Smore se volvieron y en la diestra de cada uno brilló la «German Luger». Dos policías cayeron mortalmente heridos, mientras los restantes cargaban contra los dos pistoleros, intentando detener a los que iban en la lancha.

Fue una lucha titánica. Ambos «gangsters» se batían como leones, pegados al suelo, impidiendo a los agentes aproximarse. Habían llegado a la conclusión de que era mucho más meritorio morir defendiendo la vida, que ser sentado en la silla eléctrica.

Ninguno pareció darse cuenta de que Barton y Garden escapaban en dirección a Nueva York. Ya no les importaba la libertad y el dinero. Trataban de ventilar una deuda pendiente con la «bofia» mientras les quedara un átomo de vida.

La lucha duró algún tiempo. La parte ocupada por Smore y Nolan favorecía bastante la defensa, obligando a sus enemigos a mantenerse a cubierto, so pena de ser cazados como conejos. Pero llegó lo inevitable. Las municiones se agotaron y Nolan fue el primero en levantarse de un salto y arrojarse al agua, seguido del lugarteniente del «gang» de Jimmy Garden.

Media hora después la policía comprobaba que sus cuerpos flotaban a la deriva. Habían preferido morir ahogados antes que comparecer ante, un Tribunal Federal.

Cuando el inspector del Estado Mayor penetró en la casona, la luz del día la iluminaba. Vió a una mujer inclinada sobre el cuerpo de un hombre cuidando sus heridas. Ella se incorporó al verlos entrar. De uno de los compartimientos cercanos salió un hombre, llevando entre las manos una jofaina. Era Dan Taylor.

Dejó el recipiente sobre el camastro y salió al encuentro de su jefe.

Los cadáveres de Lancaster, Rossosky y sus secuaces permanecían en la misma posición en que cayeron.

Dan saludó al inspector y éste se aproximó a Douglas Freeman.

—¡Hola, jefe! —saludó el herido—. ¿Qué tal ha ido eso?

—Garden y otro de la banda escaparon. ¿Cómo se encuentra?

—Ya lo ve; en la gloria. No han podido confiarme a una enfermera más guapa que la que tengo. Usted debe conocerla, inspector. Es Bertha Clayton.

—¿Bertha Clayton?

—Así, como suena.

—Entonces tenía contacto con la banda de Garden, ¿no es cierto?

—Sí; pertenecía a ella. Pero puede estar seguro de que si no hubiera sido por su intervención, a estas horas estaríamos convertidos en piltrafas. En los sótanos de la casa tiene a míster Bradley, que aguarda impaciente a que se le suelte de su encierro. Respecto a Joe Colter...

—¿Quién es ese hombre?

—Un verdadero valiente. A él se debe el control de la cuadrilla de Garden y su derrumbamiento. Hasta hoy no sabía quién era ni cuál era su verdadera personalidad. ¿Oyó hablar en alguna ocasión de Alan Dayton?

—¿Cómo no? Prestó buenos servicios al

F. B. I.,

y hace unas horas recibí un despacho de Washington con su ascenso a inspector. ¿Dónde está?

—Miss Clayton podrá informarle mejor que yo.

La joven sonrió, y dijo:

—Siguió a Garden y sus hombres cuando huyeron. Me dijo que iría a la Jefatura y que debía esperarlo allí. Yo podré informarle de todo, si desea comunicar con el Departamento de Justicia y ofrecerle un informe detallado. Conozca el asunto con todo lujo de detalles.

—Vendrá conmigo. Lamento tener que comunicarle, *miss* Clayton, que queda detenida. Contra usted existen cargos relacionados con el asunto del «Virginia Boat Club» de Richmond y debe responder a ellos ante un Tribunal. Oiremos las declaraciones de míster Bradley y él nos indicará si su culpabilidad obedece al engaño de que fue objeto para asistir a la velada de ese club nocturno. Siento proceder de esta manera, pero debe hacerse cargo de todo.



EL F. B. I.
la organización de contraespionaje más famosa
del mundo, vive y emociona en
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡LO NUNCA VISTO POR 1,25 PESETAS!

X



LAN Dayton escuchó el tiroteo. Dedujo de aquél que la Policía había sorprendido a los bandidos y echó a correr en dirección paralela, justamente hacia el lugar donde había quedado la lancha motora que utilizó Dan Taylor y que éste le recomendaba en caso de mucha necesidad.

Vió partir la que conducía Garden y Barton.

Recorrió la distancia que lo separaba del embarcadero y vió al marino echado de bruces en el interior de la lancha, fumando tranquilamente su pipa. Se levantó bruscamente.

—¡Ponga ese motor en marcha y siga a aquella otra lancha! —ordenó Dayton.

—¡Olga, amigo! —replicó el marinero—. Esta embarcación espera a otro tripulante. ¿Quién me va a pagar a mí el viaje del otro?

—No diga tonterías. Yo le abonaré todo. Es más: tendrá cien dólares por este servicio.

El viejo lobo de mar lo miró incrédulamente. Alan estaba a su lado y se inclinaba sobre el motor, cuando el otro lo detuvo.

—Esa cafetera no la pone en marcha nadie nada más que yo. Pague por anticipado y lo llevaré donde quiera.

No hubo más remedio que acceder. La lancha motora abandonó el embarcadero y avanzó a gran velocidad sobre las aguas. Allá a lo lejos se advertía la que transportaba a Barton y a Garden como un punto muerto en la distancia.

A cada momento insistía Dayton en que había que darles alcance, pero el marinero aseguraba que podía darse por conforme si alcanzaban los muelles de Nueva York un par de minutos después que los fugitivos.

Debían haber advertido los bandidos a sus perseguidores, puesto que la gasolinera viró hacia la derecha y enfiló rápidamente uno de los muelles próximos. Barton lanzó la maroma y tiró fuertemente de ella, siendo Garden el primero en saltar a tierra. La que tripulaba Dayton y el viejo lobo atracó unos metros más abajo.

Los muelles, solitarios hasta aquel momento, comenzaron a verse frecuentados por marineros que volvían a sus respectivos barcos, después de haber pernoctado en la capital. Nadie se atrevió a colocarse delante de los dos forajidos. Cada uno con una pistola en la derecha, cruzaron a todo correr entre los fardos de mercancías, tratando de escabullirse y alcanzar las callejuelas cercanas al barrio de pescadores.

Garden los siguió. Debido quizá a las heridas que Jimmy padecía, la velocidad de su carrera se vio muchas veces interrumpida. Barton trataba de inculcarle nuevos ánimos y más de una vez se inclinó sobre su jefe, casi agotado, para ayudarle a continuar adelante.

—¡Valor, Jimmy! —gritaba—. ¡Un esfuerzo más y nos habremos salvado!

—¡Maldita sea ese Dayton! —Rugía el «boss» de la cuadrilla, volviendo la cabeza y haciendo crujir los dientes—. ¡Déjame que le dé su merecido!

—Estás loco. ¿Quieres que nos atrapen a los dos? ¡Sigue adelante y no te detengas nunca!

Pero aquellas palabras no valían para levantar la moral de un hombre herido, afectado por los reveses de la Fortuna. Había visto caer a todos sus hombres acribillados a balazos, perseguido de cerca por la ley, incapaz de mantenerse de pie mucho tiempo y sin un lugar seguro donde dirigirse. Parecía un lobo solitario, una rata sin un hueco donde esconderse de la ferocidad de su adversario.

Jadeante, con el rostro desencajado, vacilando sobre sus piernas. Garden se apoyó en los fardos de la última fila, al final del muelle. La calle estaba muy cerca. Intentó hablar, pero el jadeo impidió que sus palabras brotaran de sus labios.

—¡Sigue, Garden, sigue o nos matará ese perro asqueroso!

—¡No puedo más! —Gruñó el bandido, montando la «German Luger».

—¡Yo te ayudaré! Sigue hasta el comienzo de la calle. Levanta aquella losa de piedra y desciende hasta los colectores. Procuraré alcanzarte cuando haya liquidado a esa alimaña.

Jimmy obedeció en último término. Aquella era la única oportunidad que le quedaba para escapar con vida y la aprovechó decididamente. Barton se parapetó tras los fardos. Espió durante unos segundos los movimientos del agente especial que le seguía, apuntó detenidamente y disparó. La bala pasó rozando la sien derecha de Alan Dayton, sin conseguir herirlo. Se detuvo. Localizó la situación de su enemigo y pudo verlo aplastado tras el enorme fardo de mercancías. Reparó en Garden y lo vio tirar con fuerza de la losa de piedra, hasta conseguir levantarla. Si huía a través de los colectores estaba salvado.

Quizá por ello el agente especial olvidó por un momento la consigna que tenían del Cuerpo. Ningún «G-Man»

debía matar a su enemigo ni herirlo, a menos que su vida estuviera en peligro. Era la Ley quién debía juzgar a un delincuente y la obligación del agente especial estribaba, sobre todas las cosas, en hacer lo posible por entregarlo vivo.

Disparó por dos veces. Una de las balas debió hacer blanco, puesto que Garden se tambaleó y cayó de rodillas, desapareciendo por la abertura del alcantarillado. Barton contestó en la misma manera.

Esta vez Dayton se llevó la mano al costado derecho. El proyectil

le había herido superficialmente, pero el dolor le hizo lanzar una exclamación de ira.

Se ocultó entre los fardos y se fue arrastrando poco a poco. Barton quedó un momento indeciso. No sabía si seguir a Garden o esperar a que el agente especial se colocara a tiro, para huir con la seguridad de que no volvería a perseguirlos. Puede que el deseo de salvarse y vivir libremente pudiera más que un deseo de venganza.

Colocó un nuevo peine a la «German» y echó a correr con todas las fuerzas que le permitían sus piernas. Dayton lo vió. Disparó varias veces, pero aquel granuja no se detuvo. Entonces lo persiguió. Quemó el contenido del peine en el momento en que iniciaba el descenso a los colectores. Esta vez creyó haberlo herido gravemente.

Cuando se detuvo junto a la escalerilla de hierro vió la pistola de Barton en el suelo. Estaba manchada de sangre. Miró por la abertura y vió el cuerpo del «gangster» conmoviéndose en los últimos espasmos de la agonía. Descendió rápidamente.

Una gran desilusión se apoderó del agente. Barton estaba moribundo, pero de Garden no se vela el menor rastro. Las escasas bombillas eléctricas del interior del colector alumbraban pobremente la galería. Se oía el ruido del agua al correr por el canalillo, pero no se percibían las pisadas del pistolero.

No se atrevió a correr por la pequeña comisa hasta no cerciorarse de que por los alrededores era imposible ocultarse. Las lisas paredes de cemento armado impedían a Garden buscar un hueco en el cual descansar y pasar desapercibido para su mortal adversario. Echó a andar lentamente. Sus ojos inspeccionaban con detenimiento los recodos de la galería antes, de seguir adelante. Escuchaba. Ningún rumor, por lejano que fuese, podía indicarle la situación del jefe de la banda. Anduvo por espacio de trescientos metros. Al llegar a un lugar donde la galería se bifurcaba, tomando tres direcciones distintas, Alan creyó distinguir a lo lejos, pegado completamente a la pared húmeda del colector, la figura de un hombre. Una alegría intensa se apoderó de su alma. No podía ser otro que Garden. Había tenido tiempo para buscar la salvación saliendo a la superficie, pero la pérdida de sangre, ocasionándole un profundo decaimiento, impidió que pudiera llevar a cabo lo que con gran facilidad hubiera realizado sin esfuerzo alguno, un hombre en

posesión de todas sus facultades físicas.

Ganó terreno por momentos. La figura humana se pegó más a la pared y de ella brotaron dos llamaradas, seguidas de fuertes explosiones. Las balas disparadas por la «German Luger» de Jimmy Garden se clavaron en la pared, muy cerca del cuerpo del agente especial. Luego corrió dando tumbos de un lado para otro. Cayó una y otra vez, levantándose instantáneamente.

Alan comprendió que aquel hombre era suyo. Por mucho que corriera y por mucho que hiciera para salvarse, estaba perdido. Corrió detrás de él. Menos de cien pasos les separaba. Parecía sentir desde aquella distancia la fuerte respiración de Garden y la tos seca que brotaba de su garganta.

Por último se detuvo. Quedó pegado a uno de los recodos del colector, con el puño derecho apoyado junto al pecho y apretando con fuerza la pistola. Una idea terrible bullía en la mente del bandido. La silla eléctrica no se hizo para él y no se dejaría arrastrar a ella mientras quedara en sus venas una gota de sangre.

Siguió haciendo fuego hasta que el percutor dejó de quemar fulminantes. Entonces arrojó al suelo el arma y empuñó un cuchillo.

—¡Entrégate, Garden! —ordenó Dayton, con voz ronca—. ¡Estás perdido y es inútil que trates de eludir lo inevitable!

El silencio fue la respuesta. Dayton se aproximó más a él. Veía su rostro lívido en la semioscuridad de la galería y advertía el incesante jadeo de sus pulmones.

No podía confiarse demasiado. Tenía de Garden las peores referencias y debía andar con mutilo cuidado si quería evitar un serio disgusto. Trató de conseguir su captura sin necesidad de hacerlo por la fuerza.

—Es inútil cuánto hagas —comenzó diciendo—. Al fin y a la postre el Gobierno consigue siempre al hombre que persigue. Podrá tardar semanas, meses y años, pero ningún delincuente puede escapar a la Justicia. Cometiste uní locura al juzgar a los hombres armados del

F. B. I.,

con desprecio, haciendo ver a tus secuaces que eras más listo que todos ellos. Esto se acaba, Garden. Tu estrella terminará muy pronto de brillar en el firmamento de la delincuencia. Es mejor que razones y te entregues sin lucha. Estás agotado, casi desangrado y sin nadie

que te ayude. Barton ha muerto. Su cuerpo está junto a la escalera del colector por donde tú mismo bajaste. Todos tus hombres han muerto o han caído en manos de la policía. Bertha está con ellos.

Ningún gesto, ningún movimiento indicaron a Dayton que aquel hombre estaba impresionado ni por sus palabras ni por la proximidad de la muerte. Sólo levantó la cabeza cuando oyó pronunciar el nombre de aquella bella mujer que le había traicionado.

—¡Bertha! —exclamó secamente—. ¿Dónde está esa perjura? ¿No ha muerto? ¿Por qué no la mataron mis hombres?

—Bertha no hizo más que cumplir con su deber. Comprendió a tiempo que el camino del crimen no es el más adecuado y se dio cuenta de que sólo podía conducirla a una finalidad: la cárcel o la muerte. Esa mujer nunca te quiso, Jimmy.

—Lo sé. Por eso quiero vivir para la venganza. Juré hace muchos años que Jimmy Garden no sería capturado vivo y hoy, en el postrer momento de mi vida, reafirmo aquel juramento. Sigue acercándote, Alan Dayton. De nada te servirán esas esposas que llevas en la mano. Una vez me las ciñeron. Hace más de diez años. Desde entonces me hice la promesa de que no volvería a sentirlas en mis muñecas mientras alentara. Mira: ¿ves este cuchillo de monte? Te espera para clavarse en tu cuerpo hasta la empuñadura, si osas avanzar un paso más.

—¡Estás loco, Garden! ¿No has pensado que quizá la Justicia derogue una pena de muerte?

—Eres un iluso. Prefiero morir a vivir encadenado en Sing-Sing toda mi existencia.

Sus palabras no admitían réplica. Garden había formado un concepto de su verdadera situación y estaba dispuesto a no dejarse atrapar. Alan comprendió que debía obrar con rapidez. Avanzó algo más. Vió el brazo derecho de Garden al levantarse con increíble rapidez y saltó de costado. La hoja no encontró el cuerpo hacia el que iba dirigida. Garden sintió la demoledora acción de un puño de hierro y cayó de espalda contra la pared, sin soltar el arma que empuñaba. Lanzó un ronquido sordo. Trató de incorporarse, pero no tuvo fuerzas para hacerlo.

Alan se inclinó sobre él. Las esposas brillaron ante los ojos de

Jimmy y rápido como el pensamiento levantó el brazo, sin que Dayton pudiera evitarlo, hundiéndose el cuchillo en la garganta. Un grito ahogado brotó de los labios del bandido, seguido de un vómito de sangre.

Cuando Alan quiso socorrerlo era tarde. De Jimmy Garden no quedaba más que un cuerpo inerte, de rostro amarillento, en el que dos ojos desorbitados miraban de una manera terrible. Se dio cuenta de que la mano izquierda la tenía cerrada y se la abrió, no sin un gran esfuerzo. De ella extrajo un papel arrugado. Lo desdobló cuidadosamente.

Era el cheque de cien mil dólares firmado por Ivan Rossosky unas horas antes. De nada le había valido el dinero ni el peligro pasado en Richmond para hacerse acreedor a aquella recompensa. Mister Bradley estaba a salvo y su secuestro daba motivos para que el

F. B. I.,

pudiera eliminar una red de espionaje internacional, hasta aquel momento oculta en el misterio.

De las declaraciones efectuadas por algunos de los miembros del «gang» de Jimmy Garden, se sacaron las siguientes conclusiones. Ivan Rossosky llevaba en Estados Unidos desde 1937 y estaba nacionalizado americano. Tenía bajo su mando a una red de elementos extranjeros dispersos por todos los Estados y ello fue motivo para una labor intensa del

F. B. I.,

bien secundada por la Policía Federal, que dio como resultado el extirpamiento de nidos clandestinos de sabotaje.

Bertha Clayton compareció ante los Tribunales y Alan Dayton fue su defensor. Duró varios días la vista de la causa. La intervención de mister Bradley acabó con el pleito, siéndole devueltos a la muchacha sus derechos de ciudadanía. Los cargos formulados contra ella se vieron contrarrestados por los favores que había prestado a la Justicia, entre ellos, la salvación de dos de sus agentes especiales más caracterizados. Freeman y Dayton recibieron sus nombramientos de inspector, yendo unidos por una orden especial del Departamento de Justicia, en la que se los indicaba una nueva misión, quizá más difícil y peligrosa que la que acababa de

cerrarse.

Alan trató de conseguir algún permiso, basándose en hechos y en argumentos irrefutables, pero no fue posible acceder a sus ruegos. De esta manera, los dos hombres y la muchacha hicieron escala en Reno. Iban a San Francisco.

Douglas Freeman asumió el papel de padrino de boda y momentos antes de que el juez les leyera las normas del matrimonio, sacó del bolsillo un envoltorio. Lo desenvolvió. Era el collar de perlas y brillantes.

—¡Oh! —exclamó Bertha, asombrada—. ¿Dónde lo encontraste? Garden me lo arrebató aquella noche.

—Martin lo tenía en el bolsillo de su americana cuando fue registrado por los agentes. Lo exigí y me lo entregaron. Mi madre lo llevó el día de su boda y fue muy feliz. Quiero que tú también lo seas.

—¿Puedo creer en tu palabra?

—¿Qué quieres decir?

—Eres el hombre más embustero que he conocido en mi vida. Quiero creer que era de tu madre y que verdaderamente vas a regalármelo. Aquella vez me engañaste en el tren y no desearía que esto se repitiera.

Dayton sonrió. Le ayudó a colocárselo y cuando lo tuvo puesto, dijo:

—¡Empiece, señor juez! Dese prisa, antes de que me arrepienta.

La ceremonia fue rápida y sencilla. Los nuevos esposos abandonaron el Juzgado, juntos con Douglas Freeman, tomando la dirección de la estación férrea.

Su luna de miel iba a estar ligada con gente maleante. La misión que los llevaba a la gran ciudad de California no admitía demora. Pero para Alan y su esposa, lo mismo que para Freeman, nada mejor que arrullarse bajo el sonido de las detonaciones de las armas de fuego. Con ello no se olvidaría que era un «hombre armado», un «G-Man», como solían llamarlos en los bajos fondos neoyorquinos.



Pavorosa elección

Un agente especial del F. B. I. es puesto en el dilema de ayudar a una organización de espionaje o ser denunciado al F. B. I. por asesinato de un hombre, del que lleva su apellido.

O. C. TAVIN

el escritor del maravilloso estilo narrativo, psicólogo profundo y dominador de la emoción nos ofrece ahora

Pavorosa elección

Una lucha se entabla entre la conciencia del protagonista y el miedo a la silla eléctrica. Toma la resolución trágica de aagigica



PADRE: Adquiere para tu hijo

EL MEJOR CUADERNO INFANTIL

Aventuras del F. B. I.

NOTAS

[1] Calificativo que ha salido de los bajos fondos sociales y que no es del agrado de los Agentes especiales. (N. del E.). < <